# No habrá silencio

ARIEL ZORION

# Copyright

*© Ariel Zorion*

*Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación de la escritora o han sido usados de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier semejanza a personas, vivas o muertas, así como a sucesos reales, locales u organizaciones son pura coincidencia o se han usado exclusivamente de forma figurada para construir la trama, sin guardar relación alguna con la realidad.*

*Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida en forma alguna sin permiso expreso del autor.*

# Sinopsis

*Elena es una joven que acaba de terminar su carrera de Derecho. Al poco tiempo de finalizar sus estudios, consigue entrar como becaria en un importante bufete de abogados de Barcelona. De hecho, la eligen como ayudante de uno de los socios fundadores, lo que es una gran oportunidad para ella. Está dispuesta a darlo todo para conseguir que la contraten.*

*Sin embargo, lo que no suponía es que iba a encontrarse en el bufete con Rubén, un ligue de una noche de la etapa en la que aún trabajaba como camarera en un conocido pub de la Ciudad Condal. Esto lo supone un importante contratiempo, ya que su objetivo principal es labrarse un futuro basado en una reputación intachable. Por su parte, Rubén no está dispuesto a que las cosas entre ellos terminen sin más y acabará convirtiéndose en una obsesión para él.*

# Prólogo

Si una cosa he aprendido de la experiencia o, para ser más exactos, de la experiencia concreta que voy a relataros a continuación, es que nunca debes llevarte a un ligue de una noche a tu apartamento, da igual si ya le conoces o no. Hay ciertas fronteras que es mejor no traspasar. Presta mucha atención, porque ahora entiendo lo que quiere decir la expresión "escarmentar en cabeza ajena". Alguna amiga mía ya había tenido alguna mala experiencia y el resultado no había sido demasiado agradable, aunque tampoco había tenido mayores consecuencias. Sin embargo, yo pensé que a mí nunca me pasaría. Es lo que hace el exceso de confianza: te sientes invulnerable. No sospechaba que hubiera la más mínima posibilidad de que me sucediera nada, por el simple hecho de que nunca me había pasado. Las cosas solían salirme bien, ¿por qué debería ser diferente? Además, ser joven implica ser imprudente a veces y no calcular demasiado los posibles riesgos. Y yo ya había sido demasiado responsable. Tocaba saborear las mieles de una vida algo más interesante en ese corto *impasse* al que llamamos juventud, porque la edad adulta puede llegar a caerte encima con todos sus problemas y preocupaciones sin que siquiera lo esperes. Por desgracia, he aprendido que algunos no entienden lo que significa decir no.

A pesar de todo el miedo que he pasado y que, a día de hoy, sigo experimentando, especialmente si vuelvo a casa por la noche por calles poco pobladas, he decidido que no puede haber silencio. Nunca es una buena opción, por el simple motivo de que le das ventajas a tu enemigo. Mientras guardas silencio, pareces ocultar un secreto que no debe ser revelado y, sin querer, te vuelves un poco cómplice, un poco culpable. Yo no lo descubrí a tiempo y he perdido demasiado en ese fugaz paréntesis en que mi futuro se presentaba brillante ante mí, mientras mi presente se iba desmoronando como un edificio en demolición. Debo contar lo que me ocurrió. Tengo que encontrar el modo de hacerlo, porque cuando lo hice en voz alta no había muchos dispuestos a escucharme. Ahora estoy delante de esta página en blanco tratando de ganarme tu simpatía para que me creas y difundas mi historia. Tal vez así consiga que otras sepan reaccionar a tiempo, no como me pasó a mí.

Las cosas sucedieron así…

# CAPÍTULO 1: Etapa universitaria

Sólo faltaban unos pocos meses para que mi etapa como estudiante finalizara para siempre. Habían pasado tan rápido los años de la Universidad que casi no podía creérmelo. Venían a mi memoria las palabras del decano el primer día que acudíamos todos los incautos estudiantes novatos de Derecho cuando decía que, a partir de la época universitaria, el tiempo parece doblar su velocidad y escaparse sin opción de dar marcha atrás al reloj. Ahora aquello me parece un pasado muy lejano.

Debo reconocer que siempre recordaré mi paso por la Universidad como una etapa inolvidable. Puede que suene a cliché, pero es así. Por primera vez desde que comenzara tu etapa académica, estudias algo que verdaderamente te interesa y para lo que te sientes motivado, aunque te pires algunas clases, lo cual forma parte inevitable de la dinámica universitaria. Luego está el hecho de que te sientes mayor, en el sentido de más independiente y madura, capaz de hacer muchas cosas por ti misma que antes ni habrías imaginado que te permitirían hacer como, por ejemplo, compartir piso con alguien o sacarte el carné de conducir y manejar un coche. Éste sí que es un gran momento, ese sentimiento de libertad cuando te subes a tu coche, viejo y destartalado si tienes la suerte de poder comprarte uno de segunda mano al que puedas llamar tuyo, o en el peor de los casos, cuando te lo prestan tus padres, pones tu música a tope y vas a recoger a alguna amiga. Ese momento es inolvidable. Luego está el hecho de que conoces a mucha gente nueva que nada tienen que ver con tu pasado y que, por lo tanto, desconocen tus meteduras de pata y tus errores de la infancia, si llevabas aparato, gafas de culo de vaso o cualquiera de esas tonterías que tanto nos avergüenzan cuando somos niños.

Nada ha vuelto ser lo mismo desde entonces. La edad adulta con sus incontables responsabilidades te invade y se apodera hasta del más recóndito rincón de tu ser, además de robarte tu espontaneidad, tus ilusiones y tus sueños mientras va descargando sobre ti su abrumadora dosis de realidad. Llegan los problemas y el afrontarlos a solas, los pagos de la hipoteca, los recibos de la luz, las letras de tu coche nuevo que ya no te proporciona libertad, sino que te ahoga con sus letras que tan puntualmente llegan cada fin de mes. Pero no vayamos tan deprisa. Las cosas han de contarse paso a paso.

Por aquella época, compartía piso con Meritxel, mi mejor amiga. Ella estudiaba Administración y Dirección de Empresas y nos conocíamos desde el colegio. Nuestras vidas siempre habían sido vidas paralelas. Nacidas en el mismo mes y el mismo año, con tan sólo tres días de diferencia. Tanto en el colegio como en el instituto, fuimos

alumnas modelo, con buen comportamiento y buenas notas porque nos esforzábamos mucho y nos ayudábamos en todo lo que podíamos. Ambas somos las pequeñas de tres hermanos y vivimos en un pueblo pequeño hasta el momento en el que nos convertimos en estudiantes universitarias, lo que significó volar en libertad para irnos a vivir a un piso compartido en Barcelona o, lo que es lo mismo, la gran ciudad con su inagotable oferta de posibilidades. Una pasada para dos chicas como nosotras.

Aunque estudiamos carreras diferentes, pensamos que sería una buena idea compartir piso, siempre y cuando encontráramos uno que se ajustara a nuestras necesidades, es decir, nada extraordinario: que estuviera cerca de la Universidad o, al menos, bien comunicado y que no fuera demasiado caro, aunque esto último en Barcelona es casi imposible.

A pesar de lo bien que siempre nos hemos llevado y de compartir un montón de intereses, la diferencia básica entre Meritxell y yo es que ella es bastante más tímida y nunca le ha gustado demasiado salir de noche, pues ella es tranquila y hogareña. Sin embargo, yo procuraba acudir a todas las fiestas, universitarias o no, que surgieran. Pensaba que había sido demasiado responsable toda mi vida, sacando buenas notas, llegando a casa a la hora que mis padres me decían, recogiendo siempre mi habitación y ayudando en las tareas del hogar. Era como si hubiera envejecido antes de ser joven. Por lo que a mí respectaba, era el momento de soltarse un poco la melena. Ella, por el contrario, seguía disfrutando de esa responsabilidad y madurez precoz que creo que nunca la han abandonado. De hecho, a los pocos meses de empezar la carrera, empezó a salir con un chico con el que acabó casándose poco después de que ambos finalizaran sus estudios. Era como si su vida hubiera estado escrita antes de comenzar para que todo transcurriera dentro del guión.

Así que, mientras ella pasaba su tiempo libre con Luis en casa viendo alguna película o en el cine o haciendo cualquier otra cosa comedida, yo le sacaba el jugo hasta el último instante y me apuntaba a todo lo que surgiera. Eso sí, cuando tocaba estudiar, yo era la primera que se encerraba en la biblioteca casi sin descanso. Estaba bien disfrutar y pensaba sacarle el jugo a aquellos años, pero eso no podía ser sinónimo de desperdiciar el tiempo, especialmente teniendo en cuenta el esfuerzo que hacían mis padres para pagarme mis estudios y el alquiler del piso.

Para sacarme algún dinerillo extra y ayudar a mi familia con los gastos, empecé a trabajar de camarera en un pub los fines de semana. Conocí mucha gente y cada vez entraba menos en el piso, pues los planes parecían multiplicarse. Meritxell, de vez en cuando, como si de una hermana mayor se tratase, me decía que debía tener

más cuidado con mi estilo de vida pues, un día sí y otro también, llegaba a casa a las tantas, a pesar de que siguiera sacando buenas notas.

Por otro lado, aunque no sea fácil o cómodo de decir, reconozco que me gustaba tontear con los chicos y no me apetecía nada involucrarme en una relación seria. Era demasiado joven para ello y sólo quería divertirme. Además, no me resultaba difícil ligar y disfrutaba con el coqueteo, especialmente con esa fase en la que todo es un juego de intercambio de miradas y gestos que hablan por sí solos sin tan sólo decir una palabra, aunque la mayoría de las ocasiones no llevaran a nada. Ya llegaría el momento para una relación formal, si es que llegaba, porque encontraba a la persona adecuada. Y si no, no tenía ningún miedo a la soledad, pues siempre he sabido disfrutar de ella. Así que, sí, me aburría enseguida de ellos porque ninguno me resultaba lo suficientemente atrayente como para renunciar a lo que más quería, es decir, mi independencia. Me gustaba mi libertad, la adoraba como si fuera mi mayor tesoro, y no quería que nada ni nadie me la cortara. Lo que son las cosas… Ahora vivo en una prisión.

Recuerdo una noche ya casi a punto de terminar el último curso, que conocí a un hombre tremendamente interesante en el pub. Era bastante mayor que yo, era evidente, aunque eso no me importó. Supongo que estaba un poco harta de niñatos cuasi imberbes que se creen hombretones hechos y derechos y no dicen más que tonterías para intentar ligar. Éste era diferente, a pesar de que debo reconocer que lo que me atrajo de él fue algo tan superficial como su físico y el look tan elegante y sofisticado que tenía. Yo estaba trabajando y era consciente de que no me quitaba la vista de encima, lo cual me halagaba, pues no paraban de entrarle mujeres de diferente edad tratando de llamar su atención. No creo que haya visto un hombre más atractivo en mi vida, con ese porte tan elegante. Que sólo me mirara a mí, me hacía sentir la reina de la fiesta.

Me gustaba ir muy arreglada a trabajar y solía ponerme vestidos bastante sexys y ajustados, con botas de caña y tacones altos. Supongo que, en cierto sentido, he sido víctima de mi vanidad, puesto que me encantaba mirarme al espejo y sentirme deseada por los hombres, por lo que éste no fue una excepción. No sé si eso serán cosas de juventud o simple y pura estupidez. Ahora veo las cosas de forma tan diferente. Si volviera atrás, estoy segura de que haría algunas cosas de otra manera, aunque no me arrepienta de haber exprimido esos dorados años de transición en los que rompes definitivamente el cordón umbilical. A pesar de los errores, reconozco que lo pasé bien, que fueron buenos años y que me sirvieron para crecer y madurar. Aún así, también tengo claro que he pagado un precio muy alto por equivocaciones típicas de la juventud que tantas

otras como yo, antes y después, han cometido. Tal vez demasiado.

Recuerdo que cada vez que miraba hacia su lado de la barra, me sonreía. Empezaba el flirteo. Yo le devolvía la sonrisa y nos mirábamos por unos segundos. Sin embargo, tratando de desarrollar un juego diabólico para hacerle sufrir en la medida de mis posibilidades, evitaba acercarme donde estaba él para servir, como si estuviera haciéndome la interesante al tiempo que trataba de enviarle el típico mensaje que uno encuentra en una tienda de *souvenirs*: "mirar pero no tocar". Ojalá lo hubiera llevado a cabo. No sabía que mi juego sería tan peligroso para mí en el largo plazo. La realidad es que estaba deseando que fuera él quien se acercara donde yo estaba, como intentando dejarle claro que yo era quien controlaba la situación. ¡Qué ingenua!

De repente, miré hacia su rincón de la barra y ya no estaba. Por unos instantes, pensé que me había salido muy mal la jugada y que había sido demasiado soberbia. Al fin y al cabo, me lo merecía por divertirme jugando con los sentimientos de otros. Además, yo sólo era una chiquilla, ¿qué esperaba?. La desilusión que sentí debió ser palpable, porque a los pocos segundos le tenía frente a mí preguntándome qué me preocupaba tanto en aquel momento. Con esas palabras me estaba declarando que no era yo quien controlaba la situación como yo creía, sino él. El juego de seducción había empezado.

Entre cliente y cliente, me acercaba hasta él y empezamos a hablar. Se llamaba Rubén y tenía treinta y siete años. ¡¡Buff!! ¡Treinta y siete nada menos! Es decir, sabía que no era un crío, pero no esperaba que fuera tan mayor. Teniendo en cuenta que yo tenía veintidós, te puedes imaginar que la diferencia de edad me parecía demasiado, tanto que asustaba. Es cierto que me había hartado de los chicos que tenían más o menos los mismos años que yo y me parecía que no hablaban más que de tonterías insulsas, pero es que el salto era demasiado grande. Daba un poco de vértigo. Sin embargo, tenía un atractivo irresistible y decidí no pensar en la edad que tenía. Además, si es que sucedía algo entre nosotros, no imaginaba que las cosas pudieran ir más allá de una noche. ¿Para qué pensar tanto? Pensar está sobrevalorado. ¿Cuándo iba a conocer a otro hombre así? Probablemente nunca. De vez en cuando, hay que dejarse llevar. Y eso es simplemente lo que yo anhelaba: quería dejarme llevar y que sus labios besaran los míos hasta el amanecer.

Tomé una decisión que, sin saberlo, cambiaría el rumbo de mi vida. Rubén era absolutamente irresistible, no lo puedo negar. O tal vez el hecho de no negarlo sea una forma de justificarme y aliviar en alguna medida mi conciencia. No puedo estar segura. Desde el primer instante supe lo que iba a pasar entre nosotros aquella noche, sin

ninguna duda. Nos atraíamos mutuamente, era evidente. Se notaba en el brillo de nuestros ojos al mirarnos, en ese destello de deseo que desprende una mirada felina, en la corriente eléctrica que se transmite por tu cuerpo al mínimo roce con la piel del otro, en el vello que se te eriza en la nuca. Ese fin de semana Meritxell no estaba en casa, así que tenía todo el apartamento para mí sola. En cuanto terminó mi turno, él no dudó en acompañarme a casa. Yo tampoco dudé en aceptar su ofrecimiento. Cada poro de mi piel me lo pedía. No hace falta que te cuente el final de la historia ni creo que sea preciso dar más detalles, tal vez porque, me guste o no reconocerlo, soy un tanto pudorosa. Sí, tal y como te imaginas, vivimos una noche apasionada e irrepetible. Debo decir que también inolvidable, aunque por más de un motivo pero, especialmente, porque constituyó sin saberlo un punto de inflexión.

# CAPÍTULO 2: Planes de futuro

Llegó la época de los exámenes finales. Se acabaron las tonterías. Me lo repetía una y otra vez como un mantra para que nada ni nadie me distrajera de mi objetivo. Estaba deseando acabar la carrera y ponerme a trabajar de verdad. Por alguna razón, siempre tenemos prisa en crecer y avanzar, cuando al final, más tarde o más temprano, todo llega. Supongo que somos unos eternos insatisfechos y pensamos que la felicidad absoluta está más allá, en conseguir algo más. Mientras tanto, en el aquí y ahora que es lo único que realmente existe, desaprovechamos la oportunidad que se nos brinda cada día de ser felices valorando lo que ya tenemos. Tal vez sea algo pesimista o me haya vuelto así con el tiempo, pero me da la impresión de que, en lugar de saborear el presente, no paramos de hipotecarlo en pro de un futuro que no sabemos si va a llegar. Y en esa tesitura me hallaba yo en aquella época, tratando de alcanzar la vida adulta cuanto antes, con mucha prisa en quemar aquella deliciosa etapa a la que ahora miro con nostalgia, como si ese fuera el remedio para encontrar la dicha.

Durante ese tiempo, le pedí a mi jefe en el pub que me dejara unas semanas libres para estudiar. Era mucho lo que me jugaba y necesitaba todo el tiempo del mundo para prepararme bien los exámenes finales, aunque tampoco quería despedirme del trabajo por si tardaba en encontrar algo mejor. No estaba demasiado conforme, pero al final conseguimos llegar a un acuerdo. Así que, una vez resuelto aquel tema, me centré en lo que realmente era importante para mí en aquel momento.

Recuerdo que, al principio, Meritxell y yo íbamos juntas a la biblioteca para estudiar. Estaba convencida de que sería lo más oportuno, puesto que sería el ambiente ideal. Al fin y al cabo, era época de exámenes para todos, así que supuse que todo el mundo estaría muy centrado en sus estudios. Sin embargo, esto se convirtió en una tremenda distracción para mí, puesto que conocía demasiada gente y siempre me apetecía más irme a tomar un café con cualquiera que me encontrara que ponerme a estudiar. Meritxell, casi ejerciendo las funciones de voz de la conciencia, no paraba de insistirme en que tenía que buscar una forma para centrarme y olvidarme de todo lo demás. Finalmente, decidí que lo más provechoso para mí era quedarme en casa aislada de la vida social, en la medida de lo posible. Para ello, tenía que apagar mi móvil y mi Tablet, puesto que si cualquiera de los dos dispositivos estaba encendido, evitar la tentación era demasiado difícil.

Esto fue poco después de aquella noche alocada que pasé con el guapo desconocido de treinta y siete años. No nos dimos el teléfono ni

forma de contactar alguna porque, como ya he dicho antes, no me apetecía estrechar lazos con nadie. No me sentía preparada para tener una relación formal con un chico de mi edad y mucho menos para una con un hombre quince años mayor que yo. No obstante, debo reconocer que, durante un tiempo, no conseguía quitármelo de la cabeza. Me descubría en los momentos más insospechados pensando en él, a qué se dedicaría y si habría alguna posibilidad de que nuestros caminos se volvieran a encontrar, lo cual sospechaba que sería muy difícil en una ciudad tan grande como Barcelona. En otros momentos, simplemente recordaba aquel breve paréntesis de nuestras vidas que habíamos compartido. Habíamos pasado una noche muy especial, aunque lo justo sería decir que fue una noche lujuriosa y plena de erotismo, y eso no es fácil de olvidar, principalmente cuando tienes tan sólo veintidós años.

Sobra decir que a Meritxell no le había contado nada de aquello. Creo que, hasta cierto punto, me avergonzaba. Suponía que ella, tan recatada y responsable, no lo entendería y me preocupaba mucho lo que pudiera pensar de mí. Sospechaba que, en cierto sentido, podría sentirse defraudada, no sé muy bien explicar el porqué. Era mi amiga, mi mejor amiga desde que éramos unas niñas. Ella tenía una imagen de mí que intuía que no se correspondía con la realidad de aquel momento. Las dos estábamos entrando en la edad adulta de una forma muy diferente y temía que desaprobara los caminos en los que me estaba adentrando, algunos un tanto peligrosos en los que me apetecía experimentar sensaciones desconocidas para mí hasta ese instante. La cuestión era que yo quería que siguiera valorándome como siempre lo había hecho. En resumen, podría decirse que, por un lado, recordar aquella noche me llenaba de excitación, al mismo tiempo que de vergüenza por otro, porque mis dos yo, el de la niña buena del pasado y el de la joven ávida de experiencias del presente, entraban en un conflicto sin resolución posible.

Los resultados académicos de ambas fueron excelentes. Acabamos la carrera con unas calificaciones muy por encima de la media, así que suponíamos que no tendríamos dificultades en encontrar trabajo. Cuando estábamos solas en nuestro apartamento, hablábamos durante horas de a qué nos gustaría dedicarnos y nos imaginábamos cómo sería nuestra vida veinte años después. Meritxell sería una importante empresaria con cuatro hijos y yo estaba segura de que seguiría soltera porque mi puesto como socia de un importante bufete no me dejaría tiempo para nada, ya que tendría que viajar por todo el mundo. Eso sí, siempre encontraría tiempo para llevar los asuntos legales de la empresa de mi amiga.

- ¿Y no te gustaría tener tu propia familia? - me preguntó en

alguna ocasión.

- Nunca lo he pensado. Ahora mi único objetivo es conseguir el trabajo de mis sueños. Ya me conoces, no me gustan las ataduras.

- Sí, ya lo sé, pero es que tiene que ser maravilloso ver crecer a tus hijos y enseñarles a ser buenas personas.

- Y estoy seguro que tú serás una madre fantástica, pero yo no puedo pensar en eso de momento. Soy demasiado joven y tengo muchos sueños por cumplir.

Mientras echaba currículos aquí y allá y esperaba a que me llamaran, empecé a trabajar en una tienda de ropa, así que dejé el pub definitivamente. Estaba segura que era lo mejor, pues así tendría un horario más normal y, aunque el sueldo no fuera mucho mayor y tuviera que echar más horas, era un trabajo que en todo caso está mejor visto si lo quieres incluir en tu currículo como experiencia profesional previa. Intuía que camarera de un pub en horario nocturno no era una buena carta de presentación.

Respecto a Rubén, no le volví a ver. Al menos, por un tiempo.

# CAPÍTULO 3: Casualidades de la vida

Empezaba a sentir cierta desesperación al ver que pasaba el tiempo y no me llamaban de ningún trabajo que verdaderamente valiera la pena o que estuviera relacionado con mis estudios. Todos hemos oído hablar de lo difícil que está el mercado laboral, pero no eres verdaderamente consciente hasta que estás en la ardua tarea de encontrar tu primer empleo real. Ya estaba planteándome la posibilidad de probar en el extranjero, tal vez en Londres o en Dublín, porque no me imaginaba mi vida trabajando de otra cosa que no fuera la abogacía. Tal vez esa elección habría sido la correcta, aunque ya nunca lo sabré.

A veces pienso, que mi obsesión por este trabajo empezó por algo tan absurdo como ver los capítulos de Ally Mcbeal con mi madre cuando era pequeña, una serie que, por otra parte, no es estrictamente de mi tiempo pues, en la época en la que la echaban en la televisión yo apenas era una niña pequeña. A las dos nos encantaba, tal vez por el hecho de que compartíamos algo juntas. Nos gustaba sentarnos en el sofá del salón bajo una manta y yo me abrazaba a ella. A mí no me interesaba lo que ocurría en la serie, sólo quería estar junto a mi madre y muchas veces me quedaba dormida en su regazo. Era un momento sólo para las dos y mi madre, que era ama de casa, siempre decía cosas como "¿te imaginas que tú algún día llegases a ser abogada en un importante bufete? Eso sería fantástico". Tanto empecé a imaginármelo que, al final, se convirtió en un objetivo firme y real. Y eso que, aunque suene presuntuoso, puedo decir que podría haber elegido casi la carrera que hubiera querido porque mis notas del instituto eran excelentes.

Como iba diciendo, empezaba a desesperarme, no porque hubiera pasado un tiempo excesivo, sino porque yo sentía prisa por empezar a demostrar mi valía. Nunca se me ha dado bien posponer mis deseos o esperar. Este caso no era una excepción. Sin embargo, la suerte parecía estar de mi parte y, una vez más, no tendría que esperar demasiado para ver mis deseos cumplidos. Por extraordinarias coincidencias del destino, un día vi en la tienda a uno de mis profesores de la facultad que iba con su mujer y su hija para comprar ropa para ésta última. Mi relación con él durante la carrera había sido muy buena, pues yo siempre mostraba mucho interés en las asignaturas que nos impartió, entregaba trabajos extra para subir nota y estudiaba mucho. Yo le confesé que estaba agobiada por no haber encontrado nada aún y él me contó que había coincidido recientemente con un colega que trabajaba en un bufete de la Avenida Diagonal. Me planteó que le enviara por mail mi currículo con mis datos de contacto y él se lo haría llegar personalmente. Este encuentro

casual cambió mi vida. Por desgracia, en más de un sentido y no todos para bien.

En menos de quince días después de este encuentro casual, me llamaron para hacer la entrevista. Recuerdo cada minuto de ese día como si fuera ayer, tal vez porque los momentos trascendentales de nuestra vida dejan una impresión especial en nuestra memoria, hasta el punto de poder revivirlos con tan sólo cerrar los ojos. Me levanté temprano, más de lo habitual, y me preparé el desayuno. Recuerdo el olor del café recién hecho, su aroma tranquilizador y reconfortante, la sensación de calor de la taza entre mis manos. Me había preparado unas tostadas con tomate y aceite, pero apenas pude probar bocado de lo nerviosa que estaba. Dediqué mucho tiempo a peinarme y maquillarme, porque quería causar buena impresión. La noche anterior había estado buscando vídeos en YouTube sobre cómo hacerte peinados sofisticados para ir al trabajo y finalmente encontré un recogido ideal, entre otras cosas, porque no era difícil de hacer. Para vestir elegí un clásico, un traje de chaqueta y pantalón con una camisa y unos zapatos de tacón. Resultó ser una elección fácil puesto que, desde que comencé a estudiar la carrera, había empezado a comprarme de vez en cuando ropa que pudiera necesitar cuando encontrase un puesto en un despacho de abogados, así que ya tenía un buen fondo de armario para ello.

Recuerdo también que me impresionó la sobriedad del bufete. Ocupaba dos plantas de un edificio antiguo y estaba decorado con un estilo bastante conservador. Los suelos estaban perfectamente encerados, tanto que casi podías ver tu reflejo en las baldosas. En la sala de espera había sillones y butacas de estilo clásico, al igual que las lámparas, y las mesas y los muebles eran de madera maciza, todo en colores oscuros, aunque no demasiado. Mientras esperaba sentada en uno de los sillones de piel suave, repasaba mentalmente posibles formas de presentarme y como dirigirme de forma correcta a mi entrevistador para causarle la mejor impresión posible.

Cuando por fin me llamaron para que pasara a su despacho, me encontré una habitación amplia con una decoración muy similar a la que había visto en la antesala. Era un hombre con un porte que no te dejaba indiferente. Su manera de hablar, sus gestos, denotaban cierta clase y un elevado nivel cultural. Cuidé mucho mi postura, sentándome en la butaca cuando me lo ofreció con la espalda bien erguida y la cabeza alta, mostrando seguridad en mí misma.

Debí de causarle buena impresión, pues me incorporé casi inmediatamente a mi nuevo puesto como becaria ayudando a uno de los socios fundadores del bufete que precisamente era el amigo de mi profesor. Resultó que su amigo, por tanto, no sólo trabajaba en el bufete o era un abogado asociado o uno junior, sino que su puesto allí

era mucho más importante que el de un mero integrante más de la empresa, así que la oportunidad que se abría ante mí era de las que hay que coger por los cuernos y no soltarla por nada del mundo. Y estaba decidida a no dejarla escapar, costase lo que costase. No daba crédito a la suerte que había tenido aunque, por otro lado, tampoco quería menospreciarme puesto que mi currículo académico era extraordinario y me había esforzado mucho. No trato de vanagloriarme con esto, pero lo cierto es que no todos pueden estar entre los primeros de su promoción y precisamente ese era mi caso. Mi expediente académico hablaba por sí sólo y me convertía en una de esos pocos privilegiados.

Es cierto que, al principio, mi trabajo no era demasiado interesante. Sospecho que eso es lo habitual en cualquier profesión. Era una becaria joven que acababa de aterrizar y poco sabían de mí. Tenía que ser paciente y doblegar mis inquietudes y mi prisa por alcanzar la cima. El camino era arduo y yo lo sabía, aunque tuviera que recordármelo a mí misma con cierta frecuencia. No obstante, poco a poco, me fui ganando la confianza del señor Alemany, el contacto de mi profesor de la carrera, el mismo que personalmente me había llamado para hacer la entrevista inicial. El señor Alemany era un hombre de edad avanzada muy serio y muy exigente. Estaba ciertamente muy comprometido con la marcha del bufete, lo cual supongo que es normal cuando se trata de tu proyecto de vida, aquel que un día fundaste poniendo en él todo tu tiempo, esfuerzo e ilusión, además de, sin lugar a dudas, una importante inversión económica. La verdad es que había conseguido, junto con sus otros socios, crear un despacho de abogados que era muy reconocido y prestigioso, lo cual no era fruto de la casualidad sino, precisamente, de ese nivel de exigencia que se autoimponían ellos mismos y que, por consiguiente, pedían a todos aquellos que trabajaran para ellos.

De hacer labores casi de su secretaria personal, atendiendo llamadas, repasando su agenda y algunos documentos que precisaban de alguna corrección, pasé a revisar alguno de los casos que llevaba e incluso a ayudarle en la preparación de otros. Después de ello, empecé a acompañarle en algunas de las entrevistas que tenía con ciertos clientes para posteriormente ir con él a algún juicio. Solía presentarme como su ayudante personal y una de las promesas del bufete, lo cual me agradaba de forma evidente. A su lado, sentía que mi sueño poco a poco se convertía en realidad. Por otra parte, estaba aprendiendo a pasos agigantados. Incluso, en algunos momentos, pensaba que en pocas semanas había aprendido más allí que en todos los años de carrera. Anhelaba por encima de todo que me contrataran y pasar a formar parte de su plantilla estable pero, en cualquier caso, sabía que el simple hecho de estar allí ya me abría las puertas de otros bufetes.

Tenía ante mí una oportunidad única e irrepetible, de esas que no puedes echar a perder porque estás segura de que, si lo haces, te arrepentirás toda la vida.

Me encantaba llamar a mi madre para contarle como iba mejorando mi posición dentro del bufete, aunque no fuera una mejoría tangible en el sentido de que no se había producido una mejora paralela en mi contrato. Sin embargo, sin lugar a dudas, sí había cambiado mi situación allí en lo que a mis funciones dentro del despacho se refería. Mi madre se sentía muy orgullosa y no paraba de decirme que siempre había confiado en mis posibilidades y que no había dudado ni por un segundo que conseguiría todo aquello que me propusiera. Supongo que es lo natural, quiero decir, las madres siempre ven lo mejor en sus hijos y les alientan para que sigan adelante y no se rindan. La mía siempre fue así. Siempre veía lo mejor en mis hermanos y en mí y no paraba de recordarnos que éramos capaces de realizar grandes cosas siempre que confiáramos en nosotros mismos. Nos insufló ese ánimo durante toda nuestra infancia y adolescencia. No se cansaba de repetirnos lo importante que era esforzarse porque no siempre el premio está al final del camino, sino en el trayecto que recorres mientras lo buscas. Como se suele decir, lo importante del viaje no es el destino, sino el viaje propiamente dicho.

Me sentía feliz. Me sentía orgullosa. Me sentía capaz de conquistar el mundo. Las cosas estaban yéndome muy bien, aunque eso no se reflejase todavía en mi nómina. No me importaba, porque eso no era lo más relevante en aquel instante. Veía la satisfacción en los ojos del señor Alemany, y no sólo cuando me reconocía mi buen trabajo verbalmente. Así que no, aún no me preocupaba no ganar demasiado, entendía que eso eran las piedras del camino. Era joven y tenía claro que todo llegaría a su debido tiempo si seguía mostrándome eficiente en el trabajo. No me daba miedo esforzarme o echar las horas que fueran necesarias. Estaba dispuesta a lo que hiciera falta. Nada podía torcerse, ¿por qué iba a hacerlo? Había llegado hasta ahí por mis méritos, aunque también por la ayuda de mi profesor de la Universidad, eso no lo podía negar. Después de haber metido la cabeza, con ayuda o sin ella, ya todo dependía exclusivamente de mí. Solamente yo podía estropearlo, y no tenía ninguna intención de meter la pata. Al menos, eso es lo que pensaba.

Pero los planes normalmente hay que cambiarlos. Pocas veces salen a la perfección de principio a fin. Surgen imprevistos, sucesos azarosos que irrumpen sin pedir permiso y requieren un reajuste inesperado. Se suele decir que hay que prever los imprevistos, pero es que algunos son imposibles de ver con antelación porque no existe ni la más mínima señal que te alerte de que se avecina algo que alterará el curso natural de las cosas.

La gran sorpresa me la llevé el día que acudí a una reunión del bufete en la que se había convocado a la mayor parte del personal para informar de los cambios que se iban a llevar a cabo en la firma en los próximos meses. No puedo ni imaginar la cara que debí poner, aunque sé lo que sentí. Supe sin dudarlo que había palidecido, pues notaba como la sangre dejaba de regar los capilares de mi rostro. Un sudor frío perlaba mi frente y mis piernas parecían no querer sujetarme ya con la misma firmeza que lo habían hecho hasta entonces. Sospecho que los que estaban a mi lado pensaron que estaba al borde del colapso.

# CAPÍTULO 3: Nunca nada es lo que parece

Tal y como solía hacer, aquella mañana llegué muy pronto al despacho. Lo había convertido en una rutina y a diario llegaba a la hora que lo hacían las secretarias y el personal administrativo, es decir, justo cuando abrían la oficina, ni un minuto después. Para cuando llegaba el señor Alemany, yo ya había repasado los expedientes del día, había revisado la legislación que podría estar relacionada con los casos que llevara y había preparado todo el papeleo que pudiera necesitar. Era importante mostrar iniciativa y yo quería dejar claro mi interés en el trabajo y que estaba dispuesta a hacer todos los esfuerzos posibles para ganarme la confianza de los socios. Por lo tanto, también me mostraba dispuesta a colaborar con los otros miembros del bufete si demandaban mis servicios y les podía resultar útil. El mensaje tenía que ser directo y transparente: si estaban pensando en contratar a algún abogado nuevo en el medio plazo, yo tendría que ser la mejor opción que tuvieran sin lugar a dudas.

Así que, sí, debo reconocer que me mostraba muy diligente y dispuesta a realizar todas las tareas que se me encomendaran. Las horas extra tampoco suponían un problema para mí. Estaba siendo una trabajadora modelo que hacía honor a las recomendaciones que había hecho mi profesor de la facultad. De hecho, había sido yo la que se había encargado de preparar las carpetas para la reunión de aquel día, aunque no era una de mis funciones, para que todo estuviera dispuesto hasta el más mínimo detalle. Todo este esfuerzo no estaba siendo en vano, ya que el señor Alemany había empezado a reconocérmelo y me lo había señalado en más de una ocasión. Ya no eran meras frases de agradecimiento u observaciones acerca de cómo estaba realizando mi labor, era algo más. “Señorita Cervera, es usted de lo más eficaz. Creo que tendrá un gran futuro en esta empresa. Espero no olvidarme de darle las gracias a su profesor por su recomendación porque ha sido un gran acierto”, solía decirme cada vez con mayor frecuencia. Mis esperanzas ante dichos comentarios no paraban de crecer, pues intuía que sus palabras llevaban implícito el mensaje de una posible incorporación a la plantilla del bufete. Siempre he sido una soñadora, exactamente de esas que, en determinadas ocasiones, parecen incluso sufrir una crisis de ausencia porque son capaces de soñar despiertas de una manera muy vívida, a pesar de continuar con los ojos bien abiertos. En esos momentos, cuando le escuchaba decir cosas del estilo, me imaginaba luciendo un perfecto traje de marca con unos deslumbrantes Manolo Blahnik a conjunto, mientras entraba en los juzgados de la Vía Laietana paseando mi maletín de piel lleno de documentos importantes. Y me

decía para mis adentros: “algún día”.

Empezaron a llegar los asistentes de manera casi continua, casi como si fuera un goteo. A muchos de ellos no los conocía ni siquiera de vista, pues el bufete es uno de los más importantes de Barcelona y cuenta con un elevado número de trabajadores. Sin embargo, a uno lo conocía muy bien, demasiado bien para lo que me hubiera gustado en aquel instante. No sabía ni donde meterme pues, evidentemente, antes o después, iba a verme. Él entraba hablando de manera desenfadada con un compañero, mientras yo sentía como se me aceleraba el pulso y se ponían rígidos todos los músculos de mi cuerpo. Vestía un caro y elegante traje entallado de color azul marino, con una corbata de seda estrecha de nudo pequeño en color malva a juego con el pañuelo del bolsillo y una camisa blanca. Supuse por como hablaba y se movía, por la seguridad y la confianza en sí mismo que destilaban sus gestos y expresiones, que no era un don nadie, sino que debía tener algún cargo como mínimo intermedio en la firma, ya que demostraba una aplastante serenidad y un gran aplomo. Intenté disimular durante unos minutos, haciéndome la distraída. Me aterrorizaba el hecho de tener que hablar con él. No obstante, notaba que tenía sus ojos clavados en mí, así que decidí que era absurdo retrasar lo inevitable.

Cuando por fin nuestras miradas se cruzaron, noté como mi pálida piel segundos antes se transformaba y se llenaba de color al sentir el rubor en mis mejillas, algo poco común en mí, mientras que él tenía un gesto triunfal en la cara, como si una presa y el posterior trofeo recibido por su caza y captura hubieran caído en su territorio. Por desgracia, esta descripción no es casual pues, en alguna medida, en las semanas y meses siguientes me convertiría en su víctima. Al menos, es como yo lo viví, aunque no fuera estrictamente así desde el principio.

Rubén Capdevila era un auténtico depredador acostumbrado a ganar en todos los terrenos de su vida. Como comúnmente se dice, era un triunfador, ni más ni menos. Profesionalmente, tenía una carrera meteórica. De hecho, fue contratado antes de terminar la carrera, pues era una estrella rutilante de la abogacía que no dejaba indiferente a nadie. Contaba sus casos por victorias, gracias a una dialéctica convincente y a esa seguridad que destilaba que hacía que te creyeras cualquier cosa que saliera de su boca, aunque dijera que de noche sale el sol.

Así que, allí estaba yo, atrapada en una situación imprevista, en una contingencia inimaginable, en una eventualidad sumamente improbable para la que no tenía ningún plan de emergencia y, además, con la mente totalmente en blanco, como si mi sistema operativo se hubiera colgado. Yo era una joven ingenua e inexperta que estaba intentando labrarse un futuro con mucho esfuerzo y que,

en aquel instante, estaba viviendo un momento de vergüenza e incertidumbre, pues no sabía como afrontar esa situación y como podría afectar aquello a mi futuro en el bufete.

Resultaba obvio que, en algún momento, tendríamos que hablar, aunque fuera intercambiar unas pocas palabras, pero temía profundamente que eso pudiera alterar en algún sentido mi imagen ante el señor Alemany si se enteraba de lo que había ocurrido entre nosotros una noche varios meses atrás. Debido a todo esto, me sentía agitada y nerviosa, lo cual no hizo más que empeorar cuando en la reunión anunciaron que uno de los allí presentes se había convertido en el nuevo socio senior. ¿Te imaginas de quién hablaban? Pues sí, has acertado. La primera vez que me cruzo con él en meses y es el día en el que van a anunciar a bombo y platillo su ascenso, cuando yo ni siquiera sospechaba que trabajase allí. ¿Qué probabilidades había? Seguro que eran ínfimas. ¿Una entre un millón? Tal vez menos. Daba igual porque habían pasado de ser azar a transformarse en patente realidad. Creo que me faltó poco para caerme desmayada del impacto.

Cuando finalizó la reunión, muchos, diría que la mayoría de los presentes, se acercaron a Rubén a darle la enhorabuena personalmente por su ascenso, lo cual, aparentemente está muy bien y es lo esperado entre compañeros, sobre todo si existe una buena relación entre ellos. No obstante, me pareció que muchas de las actitudes y sonrisas eran totalmente fingidas, aunque no supe si era debido a una malsana competitividad muy típica en el sector o, simple y llanamente, por pura hipocresía y por salvaguardar las espaldas en el futuro. En cualquier caso, podía ser simplemente mi interpretación de los hechos.

Cuando yo ya había recogido con mucho esfuerzo todas las fotocopias sobrantes, las cuales parecían resbalarse de mis manos de manera inexplicable, y ya estaba dispuesta a abandonar la sala, alguien me agarró del brazo. No me hacía falta girarme para saber quién era. Lo habría adivinado aunque tuviera los ojos cerrados. No había escapatoria.

- ¿No pensabas felicitarme?

- Bueno, he visto que estabas muy liado y no quería molestarte – dije de forma dubitativa, esquivando su mirada.

- ¡Que excusa más tonta! Y sé que lo es porque puedo ver como te sonrojas y rehúyes mirarme a los ojos - señaló con una media sonrisa -. ¿Sabes? Nunca me habría imaginado que iba a recibir dos noticias tan buenas en el mismo día. Y debo decir que ya sospechaba que me iban a hacer socio porque mi historial habla por sí solo y soy un gran activo que genera muchos beneficios, cosa que siempre gusta. Así que, podría decirse que esa no ha sido ninguna sorpresa. Diría que me lo esperaba. Además, soy uno de los favoritos del gran jefe, no sé si lo sabes. Por lo tanto, debo reconocer que encontrarte aquí, Elena,

ha sido la verdadera gran noticia. Incluso diría que has sido mi regalo.

No se me escapó la forma en la que había pronunciado mi nombre. Despacio, con una marcada entonación, como si intentase que las sílabas flotaran durante unos segundos en el aire y dejaran una impronta imborrable. Trataba de dejar patente que se acordaba perfectamente de mí, hasta el punto de que no había olvidado mi nombre, a pesar del tiempo que había pasado.

- Si te soy sincera, no tenía ni idea de que trabajaras aquí.

- Me lo creo. En ningún momento hablamos de temas personales. Bueno, para ser honestos, diría que no hablamos demasiado, ¿verdad?. Pero, ¿qué te ocurre? ¿Te avergüenzas de algo? – preguntó con segundas intenciones -. No deberías. Pocas veces me han dejado tan impresionado. Lo pasamos muy bien aquella noche y me encantaría repetirla – señaló acercando peligrosamente sus labios a mi oreja hasta casi rozarla.

- No creo que sea buena idea – dije, mientras me apartaba un poco de él procurando mantener una distancia socialmente aceptable en aquel momento.

- Yo creo que sí. Sería la celebración ideal para un día como éste.

- Eso es algo del pasado y deberíamos dejarlo donde está. Las cosas son diferentes ahora.

- ¿En qué sentido? Porque yo no creo que el trabajo y la diversión deban excluirse. Además, por si te interesa saberlo, debo decirte que fui a verte en varias ocasiones al pub y ya no te volví a encontrar. Hasta ese punto me dejaste huella porque, para tu información, no suelo ir detrás de las mujeres.

En aquel momento, apareció el señor Alemany, que estaba requiriéndome para que acudiera con él a preparar la reunión que tendría un par de horas más tarde con un cliente. La situación se me antojaba de lo más comprometida y no me veía con capacidad para capear el temporal que creía que se avecinaba. Tenía que tener sumo cuidado para evitar que sacara conclusiones precipitadas sobre mi relación con Rubén.

- Señorita Cervera, estaba buscándola. No sé si recuerda que le dije que tenemos que preparar la reunión con aquel cliente que le comenté, y no vamos sobrados de tiempo precisamente.

“Trágame tierra”, pensé en aquel preciso instante. ¿Cómo podía estar pasando aquello? Estaba trabajando muy duro y sentía que no me merecía que estuvieran sucediendo las cosas así. Barcelona es una ciudad enorme y hay muchos bufetes de abogados. Y no sólo eso, hay miles de profesiones diferentes. ¿Por qué precisamente teníamos que haber coincidido en las mismas circunstancias a pesar de las múltiples posibilidades existentes? Rezaba para que Rubén no dijera nada

inapropiado en aquel instante porque, sí lo hacía, no tenía la menor idea de cómo actuar o qué decir para salvar la situación.

- Sí, lo recuerdo perfectamente. Discúlpeme, estaba terminando de recoger las cosas que habían quedado en la sala y he aprovechado para acercarme a felicitar al señor Capdevila.

- ¿Ya se conocían de antes? - preguntó sorprendido el señor Alemany.

- No – me anticipé a responder con rotundidad.

Observé como en la cara de Rubén se dibujaba una mueca divertida. En cierto sentido, me tenía atrapada y él lo sabía. Era obvio que disfrutaba con aquella situación en la que se sabía con todos los ases en la manga. Una palabra suya, y mi carrera y mi reputación podrían tomar una nueva dirección, como la de acabar en el fondo de un contenedor de viejos currículos que habían caído en el olvido.

- Francesc, me alegra saber que no has perdido tu olfato para contratar jóvenes talentos. Estábamos intercambiando algunas impresiones acerca de un asunto que tenemos en común sin que siquiera lo supiéramos. Ha sido una conversación muy constructiva que ya retomaremos en algún otro momento que sea más apropiado, ¿verdad Elena? – preguntó atestiguando un exceso de familiaridad entre dos colegas que supuestamente acaban de conocerse.

- Sí, supongo – respondí débilmente.

Así que mi vida pareció descarrilar en un instante. ¿A esto se le llama casualidad? A mí se me ocurre otro nombre que no creo que sea políticamente correcto escribir aquí. Pero así son las cosas. Se presentan sin avisar y lo único que te queda es armarte de valor y de todos los recursos posibles para afrontarlas con garantías de éxito. Sin embargo, yo era demasiado joven y él tenía mucha experiencia en destruir las vidas ajenas. Aquel perfecto y educado joven abogado de exquisita reputación, no era nada parecido en su vida personal y, menos aún, en su intimidad, aunque lo descubriría en toda su extensión más adelante.

# CAPÍTULO 4: Las sorpresas nunca vienen solas

Ese día todo resultó ser un caos. Estuve distraída casi todo el tiempo después de aquello. La preocupación no me permitía concentrarme. Cometía errores tontos y eso no hacía más que recordarme lo frágil que me sentía en aquella situación. Me sabía sometida a las decisiones, designios y pasos que quisiera dar Rubén en un mundo que aún no era el mío y que cabía la posibilidad de que nunca lo fuera por cometer el error de acostarme con un desconocido que conocí una noche en un bar guiada por mis instintos más básicos. Sentía que mi turbación me espesaba el pensamiento y parecía oír las palabras de mi jefe lejanas y desentonadas, casi como si se tratasen de una cacofonía. Mis movimientos resultaban lentos y desacompasados. Las palabras salían de mi boca sin que parecieran mías. Las sensaciones que experimentaba mi cuerpo eran totalmente ajenas a mí.

Me encantaba ese bufete. Supongo que a cualquier abogado con una mínima ambición le encantaría. Conseguir trabajar allí era más de lo que podría soñar una chica de pueblo, de familia humilde, sin conexiones de ningún tipo cuya única arma era el esfuerzo y el tesón. Cuanto más lo pienso, más injusto me parece. Había sido siempre responsable y, aunque mis años universitarios hubieran sido alocados, no creo que lo fueran más que los de la mayoría de los jóvenes que empiezan a experimentar con sensaciones diferentes: la libertad, la entrada en la edad adulta, tu primer viaje después de sacarte el carné de conducir, los juegos con el sexo opuesto, las noches interminables de fiesta, el coqueteo con el alcohol en alguna ocasión, el deseo de independizarte de una vez por todas para que el mundo reconozca que estás preparada para valerte por ti misma.

Me sorprendió que, a pesar de toda la agitación de la jornada, conseguí descansar y dormir a pierna suelta aquella noche. De hecho, contrariamente a lo que me esperaba, que no era otra cosa que dar vueltas en la cama hasta encontrar una postura que venciera mis resistencias a quedarme dormida, la realidad fue que concilié el sueño rápidamente, diría que de una forma casi instantánea. Supongo que eso es la juventud, no preocuparse por nada durante demasiado tiempo como para que eso te quite el sueño. Ahora que vivo entre el desvelo y el desasosiego, añoro y anhelo esa capacidad perdida con el tiempo.

A la mañana siguiente, me esperaba otra sorpresa en la cocina de nuestro apartamento. Parecía como si las noticias hubieran estado esperando para acumularse una tras otra y así no dejarme tiempo suficiente para digerirlas con tranquilidad. Me levanté temprano para llegar pronto al trabajo, como era habitual en mí. Meritxell y yo

solíamos desayunar juntas, salvo contadas excepciones. Era una tradición establecida desde el primer momento en el que empezamos a compartir piso, algo así como un tipo de derecho consuetudinario impuesto como ley inexorable en nuestro pequeño refugio. El motivo no era otro que garantizarnos un mínimo de tiempo al día para poder hablar de nuestras cosas, pues no siempre teníamos la suerte de disponer del suficiente durante el resto de la jornada para estar solas y confesarnos nuestras preocupaciones. No obstante, aquel día no podía revelarle lo que había sucedido el día anterior sin contarle lo ocurrido la noche que conocí a Rubén. Como se dice vulgarmente, me encontraba en un callejón sin salida. Por tanto, guardé mi secreto, un secreto que pugnaba por escaparse de mis labios, ya que lo que necesitaba era contárselo para que ella me diera alguno de sus siempre sabios consejos que yo tanto precisaba en aquel instante.

Por su parte, ella sí tenía algo importante que decirme y procuró envolverlo en un bello papel de regalo para que me sintiera importante en la decisión que acababa de tomar.

- ¡Guau! ¿A qué hora te has levantado para preparar todo esto para desayunar? Me siento como una princesa a la que sus súbditos le rinden pleitesía.

- ¡No te pongas en plan pedante, por favor! – sonrío Meritxell.

- ¿A qué se debe todo este despliegue? Tienes que haber hecho algo muy malo que quieres que te perdone – señalé, sonriendo yo también -. Tal vez deba aprovechar la oportunidad y pedirte todo lo que me apetezca, sabiendo de antemano que no te vas a resistir.

- Bueno, tampoco te pases, ¿eh? La cuestión es que no se trata de lo que hecho sino de lo que estoy planeando hacer. Y siempre se dice que la gente suele estar de mal humor cuando tiene hambre, así que no quería arriesgarme. Supuse que lo mejor era preparar un desayuno digno de reyes.

- ¿Tengo que preocuparme por algo?

- Espero que no, aunque me cuesta decirte esto y me gustaría saber si te parece bien. Luis y yo estamos pensando en irnos a vivir juntos. Posiblemente nos casemos el año que viene.

- ¿Me lo dices en serio? – pregunté estupefacta.

- Sí – respondió con lo que pareció cierta inseguridad ante mi reacción.

Enseguida me levanté para abrazarla y darle la enhorabuena como se merecía. Sabía perfectamente lo que le habría costado decirme algo así, pues, debido al arraigado sentimiento de lealtad que tenía, supongo que en cierto sentido creía que me estaba traicionando y que estaba abandonándome a mi suerte. Sin embargo, yo no podía sentirme más feliz por ella. Sabía a la perfección lo dichosa que le hacía dar ese paso con su amado Luis, del que rara vez se separaba y

que la cuidaba y quería como Meritxell se merecía.

- Tendrás que buscarte una nueva compañera de piso para compartir los gastos. Si quieres puedo esperarme hasta que encuentres alguien que te convenza.

- ¿Estás de broma? Ni se te ocurra. Además, van a empezar a pagarme más – mentí descabelladamente -. Ya te he dicho muchas veces que mi jefe estaba muy satisfecho conmigo. Este trabajo no se me escapa, de eso puedes estar bien segura.

Estuvimos hablando de sus planes de futuro inmediato, del lugar donde querían comprarse una casa con el tiempo, de su boda y de la ilusión que le hacía casarse. Imagino que hacía mucho que nuestros caminos se habían bifurcado y habíamos empezado a ser cada vez más diferentes la una de la otra, por mucho que el cariño y el amor muto que sentíamos permaneciera intacto, aunque nunca creí que pudiéramos tener intereses tan opuestos. Me alegraba mucho por ella, por verla tan feliz. No obstante, nada de lo que me contaba eran cosas que a mí pudieran ilusionarme. Sus anhelos estaban tan desconectados de los que yo tenía por aquel entonces…

Supongo que mi vida hubiera podido ser muy diferente con el simple hecho de haber tomado una pequeña decisión de manera distinta. Es decir, es obvio que cuando tomamos decisiones elegimos un camino a seguir, por insignificantes que éstas parezcan. Paso a paso vamos hilvanando nuestra vida y, cada puntada que damos, marca el inicio de la siguiente. Quizás mi vida podría haber sido muy sencilla si no hubiera sido tan ambiciosa y hubiese sido más paciente. Pero yo quería triunfar en mi carrera profesional, quería llegar a la cima. Cualquier estadio intermedio habría supuesto un fracaso. Al principio, mi único deseo era encontrar un despacho de abogados en el que trabajar y tenía que encontrarlo rápido. No sólo lo hallé con celeridad sino que, además, resultó ser uno de los premios gordos. Una vez allí, ya no me valía cualquier bufete, tenía que ser ése o uno de categoría similar. La ambición es un pariente hambriento que no para de engordar. Se instala en tu vida por derecho y ya no lo puedes echar.

Cuando iba en el metro hacia el trabajo aquel día, la angustia se apoderó de mí en cierta medida. Eran demasiados frentes abiertos, demasiadas situaciones que no había previsto y que estaban ahí esperando ser afrontadas. Primero había sido el incómodo encuentro con Rubén, quien había dejado claro que no iba a dejarlo estar. Y ahora, era el apremio económico, pues llegar a fin de mes iba a ser un auténtico milagro. Además, ni quería ni podía pedirle dinero a mis padres y hacerles pasar apuros una vez más, ahora que se suponía que yo ya era independiente económicamente. Suponía que ya habían sido suficientes sorpresas aquella semana y que había cubierto el cupo. ¡No se puede ser más ingenua!

# CAPÍTULO 5: Aparente tranquilidad

El lunes había sido el día en que la bomba atómica había caído en mi Hiroshima particular. El martes, Meritxell me había comunicado lo que para mí era la agridulce noticia de la semana: me alegraba mucho por ella, pero llenaba de dudas mi ya de por sí inconsistente existencia, eso por no decir cuánto la iba a echar de menos. Sólo pensar en desayunar sola cada día, sin ver su dulce y comprensiva cara, hacía que se me colmaran los ojos de lágrimas. Hasta cierto punto, me parecía que perdía un poco a mi amiga de toda la vida. Y eso me hacía sentir una egoísta.

El miércoles descubrí que ella y Luis ya llevaban un par de meses pagando el alquiler del que sería su primer nidito de amor, aunque no se había atrevido a decírmelo para no herir mis sentimientos, hasta ese punto se preocupaba por mí. Por ello, cuando llegué de trabajar antes que ella, me puse a embalar sus cosas y estaba preparada para dejarle claro que el mismo jueves la ayudaría a hacer la mudanza sin más demora.

Y así lo hicimos. El viernes fue el último día que desayunamos juntas en ese piso que nos había trasladado desde la protectora vida en casa de papá y mamá hasta nuestra entrada en el mundo laboral, aunque ella con más éxito que yo. Como te imaginarás, fue muy emotivo. Apenas teníamos hambre, pues la pena nos embargaba. Hasta me costaba tragar el café, el cual resbalaba a trompicones por mi garganta que lo sentía más áspero y más amargo que nunca. Todo eran recuerdos, y anécdotas, y promesas para vernos con frecuencia, y buenos deseos, y un millón de buenas intenciones que difícilmente se realizan alguna vez cuando uno da un paso adelante en esta difícil carrera que es la vida.

Por suerte, tal y como había sido el resto de la semana desde el inesperado evento del lunes, la jornada en el trabajo fue muy tranquila. Simplemente, no le había vuelto a ver. Me invadió una sensación de calma y serenidad que me hizo pensar que todo había quedado en un encuentro casual y que lo más probable es que no se repitiera con asiduidad. Al fin y al cabo, ya llevaba dos meses allí y sólo le había visto aquel lunes. Sin embargo, en mi interior era consciente de que esa forma de ver las cosas no era más que un medio de autoengañarme, un modo como cualquier otro de intentar recuperar la paz interior. Mentira. No podía, por el simple motivo de que ahora sabía a ciencia cierta que la amenaza estaba ahí y podía irrumpir en mi día a día cuando menos los esperase.

En el metro, de vuelta a casa, me preparaba para la imagen de una casa vacía a la que no estaba habituada. Tenía dos opciones: la primera era buscarme otro trabajo para conseguir dinero extra y, la

segunda, era buscar alguien con quien compartir el piso. Ninguna de las dos me entusiasmaba, pero algo tenía que hacer.

Inmersa en mis nada banales preocupaciones del momento, no me había dado cuenta siquiera de que Rubén me esperaba en el portal. No se me había pasado por la cabeza que pudiera recordar donde vivía. Había transcurrido mucho tiempo y los dos habíamos bebido alguna copa de más aquella noche, así que, ¿quién iba a imaginar que pudiera presentarse en mi casa sin haber sido invitado? Era de locos.

- ¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? - dijo con un tono en el que se mezclaban claramente la burla y la ironía.

Mi cara debió ser un poema, pues tardé bastante tiempo en reaccionar y fiarme de la información que mis ojos y mis oídos me estaban proporcionando. Era él, aunque por suerte para mí, fuera del trabajo, lo que me hacía sentirme mucho menos cohibida y más segura de mí misma. Puede que estuviera con la guardia baja por lo inesperado de la situación, pero esta vez no pensaba quedarme paralizada.

- ¿Qué estás haciendo aquí? - le pregunté, casi sin dar crédito a la información que me facilitaban mis ojos.

- ¿Qué que estoy haciendo aquí? ¿Vas a preguntarme algo tan obvio como eso? Vamos, Elena, echa la vista alrededor y dime que podría estar haciendo yo en este barrio - señaló de manera presuntuosa.

- No lo sé. Eso es asunto tuyo.

- ¿Por qué estás tan borde conmigo?

- Supongo que no me gustan las sorpresas.

- Vale, pues lo siento. Te he traído algo, tal vez así me perdones y te muestres más amable – señaló, al tiempo que mostraba la mano que escondía a la espalda con un ramo de rosas rojas.

Es verdad, era un truco muy viejo, un cliché de película romántica. Todo eso que ahora puedo racionalizar y a lo que le veo las segundas intenciones a veinte metros, no lo vi venir entonces. Tampoco lo cuestioné. Creo que no quise hacerlo. Me cueste reconocerlo o no, en aquel momento ese gesto consiguió derribar las barreras que había decidido interponer entre nosotros. Me sentía sola y vulnerable. Y también estaba cansada y preocupada. Y él, sin saberlo, había elegido el momento perfecto para hallar la mínima resistencia. O tal vez sólo son excusas que me ayudan a justificarme. La cuestión es que mi firmeza y determinación se quebraron y volví a ser un títere en sus manos.

- ¿Por qué te has molestado?

- No es molestia. Me apetecía hacerlo y ver tu cara cuando las vieras, aunque no estaba seguro de que te gustaran, pues apenas nos conocemos.

- ¡Claro que me gustan! Son preciosas. Mi flor preferida es la rosa de Alejandría, pero las rosas rojas también me encantan. Gracias.

- ¿Puedo pasar y hablamos con tranquilidad? No pongas esa cara, no estoy pensando en quitarte la ropa en el ascensor como la última vez. Mis intenciones son diferentes ahora.

Su comentario me hizo enrojecer visiblemente. Supongo que él disfrutaba con el hecho de que me avergonzara de lo que había sucedido entre nosotros y trataba de sacarlo a relucir sin piedad. Creo que, en cierto sentido, eso le excitaba. A pesar de ello y de que mi intuición me alertara de que no era buena idea tener un lío con él, le dejé subir a mi apartamento. Volví a cometer el mismo error, pero esta vez sabía a la perfección que lo era. Sabía que podía poner en riesgo mi carrera si alguien en el bufete se enteraba, especialmente en uno tan conservador como ése en el que intentaba hacerme un hueco.

A pesar de ello, hay una diferencia considerable entre saberlo y querer darse por enterada. Y yo no quería enterarme de nada. Mis instintos estaban tomando el control. La realidad era que, en las últimas semanas me había entregado tanto al trabajo que apenas había dejado espacio para la diversión. Y quería divertirme. Lo necesitaba. Me convencí de ello. Rubén era un hombre muy atractivo y la noche que había pasado con él no se había borrado de mi impresionable memoria. Y ahora estaba ahí, en la puerta de mi casa esperando que yo llegara. ¿Cómo resistirse? No resultaba fácil. Tampoco había nada que perder realmente. ¿Por qué no repetirlo? No hacíamos daño a nadie. Yo no tenía novio y él tampoco estaba en ninguna relación, al menos, que yo supiera.

Como he dicho, mis instintos me gobernaban y yo me dejaba convencer por ellos de los innumerables argumentos que me presentaban de forma irrefutable. Mi mente racional estaba anulada. Así de simple y de sencillo. Supongo que el hecho de saber que era la primera noche que iba a estar allí sola desde la mudanza de Meritxell tampoco me ayudó a pensar con claridad. No es que fuera un piso tan grande como para sentirse tan sola, aunque si lo piensas bien, la soledad se puede sentir incluso cuando nos encontramos rodeados por una multitud. Además, no le demos más vueltas, era viernes por la noche y no tenía ningún plan. Era joven, ¿por qué no dejarme llevar?

# CAPÍTULO 6: Derroteros

La mañana siguiente a ser consciente de que has cometido una terrible equivocación es como cuando te levantas con una resaca: algo no para de martillearte la cabeza. En este caso, cometía el mismo error por segunda vez, aunque la primera ocasión no lo hubiera percibido como tal. En realidad, las cosas no tenían por qué salir mal pues, aparte de que Rubén era bastante arrogante, parecía un buen tipo. Era inteligente, carismático, guapo y con un puesto de trabajo realmente bueno. Es decir, lo que suele considerarse un muy buen partido. Podía imaginarme a mi madre y su cara de satisfacción mientras le contaba que estaba saliendo con alguien con estas características, salvo por el hecho de que era quince años mayor que yo. Posiblemente esto último no le habría encantado.

A pesar de todo, algo en mi interior me seguía diciendo que no era buena idea. Estaba el hecho de que yo era becaria y él acababa de ser nombrado socio senior del bufete. También estaba el hecho de que el señor Alemany era un hombre extremadamente conservador y tradicional, así que suponía que no le gustaría saber que dos de sus trabajadores tenían reuniones extra laborales debajo de las sábanas. Obviamente, si decidía que uno de los dos le sobraba, esa sería yo.

Pero era sábado y el fin de semana estaba casi por estrenar. Mi mente quería tomar unas vacaciones de los quebraderos de cabeza de los últimos días y, para variar, relajarse. Esta vez, él se había quedado a dormir. Ya era algo diferente a la última ocasión. Y tampoco tenía ganas de darle demasiadas vueltas al tema. Me levanté y preparé café. No tenía ni idea de que habría pensado hacer Rubén. Tampoco me preocupaba en exceso. Podía levantarse e irse sin más o podía sugerirme que pasáramos el día juntos, lo cual, aunque me cueste reconocerlo, me apetecía bastante.

- Si querías que me despertara, debo confesar que lo has conseguido. Nada como levantarse con el olor del café recién hecho.

- La verdad es que no he preparado nada más. Así que espero que el aroma no te haya despertado también el apetito. Solía ser Meritxell quien preparaba el desayuno. A mí ni me gusta ni se me da bien cocinar.

- ¿Solía? ¿Qué quieres decir?

- Se ha mudado esta semana a vivir con su novio, así que ya es oficial: vivo sola - dije con una expresión en mi cara que no manifestaba precisamente satisfacción.

- Bueno, antes o después tendría que llegar. Uno no se hace realmente adulto hasta que afronta las facturas por su cuenta.

- Sí, supongo que sí – dije con resignación.

- ¿Te apetece que hagamos algo hoy? – me preguntó,

cambiando de tema de forma radical y pillándome, por lo tanto, totalmente desprevenida.

- No había pensado nada. Suponía que te irías nada más levantarte.

- ¿Me estás echando?

- No, no es eso. Es que no imaginaba que quisieras quedarte. Tampoco he pensado demasiado en ello, no te voy a engañar.

- Bueno, no tengo planes para este fin de semana. Llegué ayer de un viaje de trabajo y me apetece hacer algo tranquilo en buena compañía. Si tú tienes otros planes, me voy y ya nos veremos en el bufete.

- No, no tengo planes.

- Muy bien. Entonces, se me ocurre que podíamos acercarnos a la zona del puerto, dar un paseo y comer por allí. Hay restaurantes realmente buenos en esa zona. Y luego podemos ir al cine por la tarde a ver si hay alguna película que merezca la pena. ¿Qué te parece?

- No está mal, aunque casi suena a una cita romántica.

- Pues no te hagas ilusiones. Para serte sincero, para mí no lo es. Aunque tú puedes verlo como quieras pero, por si te preocupa, te diré que no voy a contar nada en el bufete. A mí tampoco me interesa convertirme en el objeto del cotilleo de la empresa. Tengo cosas más importantes de las que ocuparme, sobre todo ahora que acaban de nombrarme socio. Podemos vernos de vez en cuando y divertirnos, sin compromisos ni nada por el estilo. No pretendo llevarte al altar ni nada similar, así que yo que tú, no le daría muchas vueltas. Por el momento, como acabo de decir, sólo dos adultos que se divierten. No hay que pensar demasiado. Pensar está sobrevalorado en estas cosas. Déjate llevar, Elena. Sé que eso se te da bien.

La realidad era que no tenía nada mejor que hacer. No había quedado con nadie, ni hecho planes de ningún tipo. Además, me sentía un poco melancólica y vulnerable porque echaba de menos a mi amiga. Podía haber llamado a algunos amigos de la facultad para ver tenían pensado hacer algo aquel fin de semana, aunque no me apetecía demasiado. Rubén estaba ahí, accesible. Ésta no era más que una forma como otra cualquiera de acallar en cierta medida una recién instalada soledad para la que aún no me sentía del todo preparada. Así que pasamos el fin de semana juntos y, me guste o no reconocerlo, lo pasé muy bien con él.

Y así empezó nuestra extraña e incalificable relación, pues no éramos amigos pero tampoco éramos novios o amantes. Sólo dos adultos que de vez en cuando se ven, que eventualmente quedan para hacer algo juntos como si fueran una pareja cualquiera sin serlo y que se acuestan sin compromiso alguno. Eso sí, de forma clandestina, puesto que yo no se lo había contado a nadie y, por lo que él decía,

nadie de su entorno sabía nada acerca de lo nuestro. Especialmente, a ninguno de los dos nos interesaba contarlo en el bufete y suponíamos que nadie tenía ni la menor sospecha.

A pesar de que no quería tener ninguna relación formal, reconozco que tampoco esto me satisfacía. No sabía muy bien a qué atenerme y tampoco quería que llegase un momento en el que pudiera sentir algo más que una mera atracción por él. Cierto es que Rubén y yo parecíamos almas gemelas en varias cosas: a ninguno nos gustaba el compromiso y los dos valorábamos por encima de todo nuestro trabajo. Y tal vez, con el tiempo, nos hubiéramos convertido en una pareja normal y corriente, aunque tengo mis reservas hacia ello, entre otras cosas, porque él odiaba cualquier cosa que pudiera considerarse precisamente corriente. Le gustaba lo extraordinario, la extravagante, lo novedoso y, sobre todo, lo que implicara algún riesgo y resultará excitante. Da igual porque, como dice la canción, nunca es lo que pudo haber sido. Eso es una realidad que no existe y que ya no existirá jamás.

Así que esta "no relación" se prolongó durante varios meses, la cual me hacía caminar permanentemente al borde del abismo, ya que incluía episodios de sexo en el trabajo al más puro estilo Anatomía de Grey, lo que me hizo comprender en cierto sentido la excitación que sienten los protagonistas de la serie. Supongo que el componente de riesgo y peligrosidad hace que las cosas se vuelvan incluso más intensas, más fogosas y más apasionadas, algo que descubrí que a Rubén le gustaba en exceso. Caminar sobre un fino cable a doscientos metros de altura, estar continuamente la borde del precipicio, surfear en mares salvajes, serían metáforas perfectas de la forma en la que le gustaba vivir. En su trabajo, disfrutaba sobremanera con los casos peligrosos, difíciles y, sobre todo, si tenían cierta repercusión mediática. En esos era en los que sacaba lo mejor de sí. Los casos fáciles, sencillamente le aburrían, por el mero hecho de que no suponían un desafío y no implicaban riesgo alguno, sino simple y pura rutina.

En cierta medida, creo que me hice adicta a esa sensación de aventurarme en arenas movedizas que pueden tragarte en cualquier instante, a esa efervescencia que corre por tus venas cuando te descubres avanzando por tierras peligrosas, a ese acaloramiento que surgía de sentirnos a punto de ser descubiertos en cualquier momento. No obstante, una parte de mí, la parte más racional y menos espontánea, trataba de alertarme de los peligros y señalarme que este tipo de relaciones solían tener una cara B que no es agradable destapar.

Entretanto, empecé a trabajar otra vez de camarera en lo pocos ratos libres que me dejaba mi trabajo en el bufete para poder pagar el

alquiler. Fueron días de mucho estrés y muy poco descanso. Me sentía al límite de mis fuerzas pero, ¿qué podía hacer? Con lo que me pagaban en el despacho no tenía suficiente para sufragar mis gastos y no tenía ninguna intención de renunciar a mi sueño.

Un día, me vio mi jefe allí y se me vino el mundo encima. Había ido a tomar una copa con un cliente. Su mirada y la expresión de su cara lo decían todo, no necesitaba ponerle palabras a sus pensamientos. Aún así, se acercó hasta la barra en la que yo servía y, sin vacilación alguna, me dijo que no podía trabajar en un bar porque su bufete tenía una imagen que mantener. Me sentí como si el maestro me estuviera riñendo por haber cometido una fechoría, cuando lo único que intentaba era poder pagar las facturas, lo cual no me resultaba tan fácil. Le expliqué que no tenía otra opción para poder cubrir los gastos del mes pero que, aún así, buscaría otro trabajo en el que no tuviera que estar expuesta al público. Valoraba demasiado la oportunidad que tenía allí como para desperdiciarla. Estaba segura de que podría encontrar alguna opción mejor.

Aquella noche maldije mi mala suerte y pensé que todo había terminado. Mis sueños empezaban a derrumbarse como lo hacen las fichas de dominó perfectamente dispuestas y alineadas que empiezan a caer en ordenada secuencia cuando una de ellas lo hace, empujando al resto sin que ninguna haga algo diferente a rendirse a la evidencia de lo que está por venir. No obstante, me resistía a ser una mera ficha de dominó. Debía luchar por mi sueño, por mi firme objetivo de convertir la abogacía en mi profesión. Estuve pensando en qué sería conveniente decir para defender mi puesto, intentando armar un discurso claro y ordenado en mi mente, el cual pudiera salir casi de carrerilla por si acaso los nervios fundían los plomos de mi cerebro y me quedaba en blanco. Concluí que debía argumentar que merecía esta oportunidad que me habían otorgado y que, no sólo eso, además había demostrado ser eficiente, trabajadora, proactiva y valiosa para el bufete. Tenía que mostrarme segura de mí misma. Eso sería clave.

En mi cabeza ya se habían sucedido todos los hechos de forma anticipada. Es decir, no tenía ni idea, en el sentido de ninguna certeza, de lo que ocurriría cuando llegase al trabajo a la mañana siguiente. Daba igual porque, a pesar de ello, mi mente ya había decidido lo que iba a suceder basándose en suposiciones sin fundamento. En ningún momento mi jefe había dicho que iba a despedirme. Al menos no con esas palabras. Simplemente, había manifestado que su despacho tenía un nombre y no podía permitir que sus empleados trabajasen en un bar, pues debía proteger la imagen de su empresa. El resto de la historia, la había construido yo solita.

Al día siguiente, cuando llegué a la oficina y me llamó a su despacho, se reafirmó mi idea de que todo se había acabado. Su

expresión en el bar había sido muy seria y su determinación cuando me dijo que debía dejar mi puesto de camarera no había dejado lugar para la más mínima duda. Mis sufrimientos previos estaban justificados. Me auto convencí de ello. Como consecuencia directa de todos aquellos desvaríos de mi imaginación, me empezaron a temblar las piernas, literalmente. Sin embargo, para mi sorpresa, me comunicó que había decidido que era el momento de confiar en mí. No supe reaccionar. Me quedé allí parada con mi discurso preparado, aquel en el que defendía mi valía y argumentaba que no era justo que me despidieran. Me había preparado tanto para lo negativo, que mi sistema nervioso simpático no tenía ninguna respuesta elaborada ante una situación con una resolución tan positiva para mis intereses.

- Señorita Cervera, ¿se encuentra bien? - me preguntó con verdadera preocupación.

- No lo sé - respondí mirándole a los ojos con estupefacción.

- ¿Ha entendido lo que le he dicho?

- Eso creo - respondí, necesitando aún unos segundos para reaccionar. Cuando por fin lo hice, le agradecí su confianza con un simple gracias sin ningún tipo de adorno ni emoción. Salí de su despacho para dirigirme a mi mesa y sumergirme en los papeles que allí me estaban esperando. Todavía no me explico que me sucedió. ¿Sería confusión? ¿Me había pillado desprevenida? No quiero ni imaginar lo que pasaría por la cabeza de mi jefe en aquel instante. Estoy convencida de que, aunque fuera por un segundo, debió arrepentirse de la decisión tomada.

En mitad de todo aquel lío en el que se había convertido mi vida, conseguí mi primer contrato como abogada junior. Acababa de dar un paso de gigante para alcanzar mi meta. Según sus propias palabras entresacadas de la nebulosa de mi memoria, había tomado la decisión debido a que mi nivel de entrega en el trabajo no había disminuido ni un ápice, a pesar de haber estado compaginándolo con otras labores profesionales. Pero no sólo eso, además argumentó que, sobre todo, su decisión final había venido motivada porque me había convertido en un interesante valor para él, quien, por suerte para mí, parecía tener una espesa venda que le impedía siquiera intuir nada de lo que estaba ocurriendo entre su abogado estrella y yo.

Y así, sin más, se acabó la época de becaria y empezaba la vida real con un trabajo que merecía la pena. Tenía todo el futuro por delante y estaba deseando hincarle los dientes.

# CAPÍTULO 7: El día a día

Cada día que pasaba, sentía que crecía la confianza que el señor Alemany había depositado en mí. Podía leer en su mirada que estaba satisfecho por la decisión que había tomado, lo cual me hacía experimentar una agradable sensación de orgullo. En cierto modo, a veces me hacía sentir como la hija que nunca había tenido, pues se mostraba protector conmigo y estaba muy pendiente de cada paso que daba. Ni que decir tiene que esto era un arma de doble filo pues, por un lado, me halagaba saber que alguien tan exigente como él hubiera puesto sus ojos en mí al tiempo que, por el otro, sabía que por esa misma razón no podía decepcionarle, ya que eso le infligiría un daño mayor que si simplemente fuera una empleada más. Por lo tanto, me encontraba bajo una lupa de varios aumentos y debía vigilar muy bien mis acciones para no cometer ningún fallo irreparable.

Cada vez me encargaba tareas de mayor responsabilidad y empecé a llevar algún caso sencillo por mi cuenta. El primero fue el más difícil, no por su complejidad sino por el nivel de auto exigencia que me había impuesto. Esto me provocaba un estado de nerviosismo palpable y temía que ello pudiera influir en la confianza que el cliente depositara en mí. Tenía claro que la única forma posible de subsanar esto era ir lo mejor preparada posible. Se trataba de un despido improcedente, así que me revisé toda la legislación laboral que estaba a mi alcancé. No sólo estaba preparada, parecía una enciclopedia.

Por suerte para mí, todos aquellos encargos cada vez más complejos se saldaron de forma exitosa. Esto hacía que se reafirmara su confianza en mí y que, al mismo tiempo, creciera la seguridad en mí misma, por lo que los nervios fueron retirándose paulatinamente a un rincón oculto hasta apenas ser percibidos por mi mente consciente. Yo le consultaba cualquier duda y me gustaba revisar mis casos con él, pues, por encima de todo, era un experto abogado con una trayectoria profesional intachable y aprendía muchísimo a su lado.

Por otro lado, la relación con mis compañeros era bastante buena en líneas generales, especialmente con una de las secretarias del bufete y con un par chicas que trabajaban en el departamento de administración. Quedábamos algunas veces después del trabajo, comíamos juntas o íbamos a desayunar. Muchos días, incluso, quedábamos un poco antes de entrar a trabajar para tomar el primer café de la mañana y dedicar un rato a la charla intrascendente que tanto nos divertía. Había ocasiones en las que quedábamos para salir algunos fines de semana, aunque tampoco de forma demasiado frecuente. Era muy agradable tenerlas como amigas, aunque no deja de resultar curioso el hecho de que ninguna fuera abogada como yo. Es decir, por muy bien que me llevase con los demás letrados, había

una especie de límite invisible que nos impedía ser más que colegas. Tal vez fuera la competitividad la barrera que se había levantado subrepticiamente entre todos nosotros.

Mientras tanto, mi extraña relación con Rubén seguía adelante sin que aparentemente nadie en el bufete sospechara lo más mínimo, lo cual era un alivio porque me habría sentido muy avergonzada en aquel momento. Él pasaba mucho tiempo fuera del despacho, ya que llevaba cada vez más casos de calado internacional y tenía que viajar frecuentemente. Por tanto, apenas nos veíamos en la oficina, lo cual era una ventaja para evitar situaciones incómodas, de aquellas que a él le encantaba provocar para observar mi turbación. Además, el componente de peligrosidad, tal y como ya he dicho anteriormente, era un ingrediente adictivo para él y, el poco tiempo que pasaba en Barcelona, buscaba que nuestros encuentros se produjeran en sitios donde existiera un riesgo patente de que nos descubrieran.

Mis sentimientos hacia él eran contradictorios. De hecho, nunca he llegado a tener claro lo que sentí por él. No es fácil de expresar puesto que, por un lado, cuando estábamos juntos, los pasábamos bien, viviendo un poco al límite en ocasiones, experimentando sensaciones nuevas, disfrutando de cada momento como no lo había hecho antes. Él tenía la capacidad de electrificar cada poro de mi piel y despertarme del letargo de la rutina de la semana. Necesitaba probar cosas diferentes y, cuando salíamos, rara vez hacíamos lo mismo dos días seguidos. Por otra parte, tampoco era frecuente que nos viéramos dos días consecutivos. Supongo que en ese sentido era un poco como sucede con los adictos a la nicotina. Cada calada que le das al cigarro despierta un deseo mayor para la siguiente, pues cada una de ellas emborracha tu cerebro de dopamina, expandiendo esa sensación de placer y gratificación que no es real sino ficticia.

Imagino que Rubén es un eterno insatisfecho que percibe que la vida nunca le da lo suficiente y, por ello, no se cansa de buscar lo infrecuente y, en cierta medida, ser un transgresor de lo establecido. Además, me guste reconocerlo o no, era como un imán para mí, puesto que era un hombre muy interesante, culto, con mucha experiencia en la vida, con éxito profesional y un sinfín de particularidades que lo hacían muy distinto al resto.

Sin embargo, a pesar de todo esto que tanto me gustaba de él y que tan especial me hacía sentir, por otro lado, cuando viajaba y sabía que estaríamos días sin vernos y sin hablar ni siquiera, experimentaba calma y sosiego, como si mi cuerpo y mi mente me pidieran un descanso de él. Durante aquellos días, había momentos que sentía que ya había tenido suficiente y deseaba que tardara mucho en volver e, incluso, anhelaba que se olvidara de mí. Supongo que había algo que me daba un poco de miedo en él. Su arrogancia y prepotencia, el

sentirse por encima del resto y el que me arrastrara hacia sus juegos peligrosos en tantas ocasiones, eran aspectos que me hacían sentir insegura y dependiente. Parecía como si pudiera aplastarme en cualquier instante porque yo no era más que un mero juguete con el que, por el momento, se estaba entreteniendo. Hasta que se aburriera, suponía.

Y así era mi nada rutinaria rutina del día a día. En algunos momentos, me parecía que mi vida no estaba estrictamente bajo mi control. Dependía de hacer las cosas bien para continuar cumpliendo las expectativas cada vez más altas del señor Alemany y de someterme a los inesperados deseos del momento de Rubén. La presión de un trabajo impecable se cernía sobre mí, algo que evidentemente no es ninguna sorpresa si quieres triunfar en un despacho de abogados como ése. Sin embargo, esta presión parece mayor cuando sientes que no sólo tienes que hacerlo bien, sino mejor que nadie porque es justo lo que esperan de ti y todo lo que esté por debajo de ese listón es insuficiente. Entonces empiezas a sentir la presión no sólo fuera de ti, sino también dentro de tu cabeza, cuando tu mente no para de decirte que tienes que esforzarte más porque no lo has hecho perfecto y no puedes permitirte la mediocridad, tienes que alcanzar la perfección.

Era muy joven. Pensaba que podía con todo. Es lo que tiene la falsa confianza que te da el que todo en la vida te haya salido bien con relativa facilidad. Había conseguido dejar el seguro hogar de mis padres varios años atrás para empezar una vida cada vez más autónoma en Barcelona. Es cierto que había pasado algunas estrecheces económicas en algunos momentos, aunque nada que no experimente cualquier joven de poco más de veinte años que quiere probar las mieles de la independencia. Además, no me había costado demasiado encontrar trabajos que me ayudaran a salir del bache en esos momentos de precariedad. Podía estar orgullosa de mí misma. Después, me tocó la lotería cuando entré en plantilla de ese bufete con el que muchos soñábamos durante la carrera. No estaba preparada para el fracaso, ni tampoco para afrontar problemas verdaderamente importantes o relevantes. No me quedó más remedio que aprender a marchas forzadas.

# CAPÍTULO 8: Cambios trascendentales

Recuerdo que hacía aproximadamente dos meses desde mi nombramiento como abogada junior cuando conocí a Jaume. Estaba muy contenta porque, por fin, parecía que mi carrera iniciaba el despegue que tanto ansiaba. Estaba trabajando muy duro y no me importaba echar todas las horas necesarias e, incluso, ir los fines de semana al bufete si tenía que terminar algo o llevarme el trabajo a casa. Todo lo que fuera preciso. Cuando uno tiene su objetivo claro, no descansa hasta conseguirlo.

Con Rubén, las cosas seguían un poco raras, en el sentido de que nuestra relación, si es que se le podía llamar así o de cualquier otro modo, no estaba en ninguna parte ni tenía pinta de ir a ningún sitio ni en el corto ni en el medio plazo. Si existe un limbo de las relaciones románticas, la nuestra debía estar allí. No éramos nada, ni pareja, ni amigos, ni nada con una definición concreta. Pero no era algo que me preocupara. Los dos teníamos muy claras las condiciones y no había ningún tipo de compromiso por parte de ninguno. Simplemente, dos adultos que de vez en cuando se ven y cubren una necesidad común. O eso, al menos, creía yo.

Jaume era un chico que acababa de empezar a trabajar en una cafetería cerca del bufete. Era poco mayor que yo, únicamente un par de años más. Estaba terminando Medicina y procuraba compaginar sus estudios con el trabajo en la cafetería, lo cual no debía ser nada sencillo estudiando una carrera como esa. Tenía una mirada tierna e inocente y era el chico más agradable que había conocido nunca. Solía mostrarse muy amable conmigo, a pesar de su evidente timidez, y me encantaba ver el esfuerzo que hacía precisamente por superarla para intercambiar unas palabras conmigo. Yo me sentía halagada por ello.

Me sorprendió inexplicablemente el hecho de que, de vez en cuando, sin pretenderlo, me daba cuenta que me había quedado abstraída pensando en él en los momentos más inesperados en los que, además, acudía a mis labios una sonrisa totalmente involuntaria. Supongo que la sorpresa venía prioritariamente del hecho de que esto no me había sucedido antes. Tenía tan claras mis prioridades y mi objetivo, que parecía que en mi mente no había sitio para nada más. Supongo que esto se resume en que, por primera vez en mi vida, un chico me gustaba de verdad, y ni siquiera sabría explicar por qué. Ya había cumplido veintitrés años y entraba dentro de lo normal en una chica de mi edad. Tampoco era preciso buscar un motivo. Tal vez no era por nada en concreto, sino que era por todo en general, quiero decir, por el conjunto, por quién era él, por cómo era, por lo que me transmitían sus ojos, por su tono de voz y su forma de hablar, por las cosas que decía, por sus gestos. Por algún motivo, sentí que el destino

lo había colocado ahí para mí ya que, desde la primera vez que le vi, algo cambió en mi interior.

Nos veíamos a diario, o casi, porque eso dependía de sus turnos. No voy a ocultar que me sentía decepcionada cada vez que iba a tomar un café y me decía alguno de sus compañeros que ese era su día libre o que tenía el turno de tarde o lo que fuera que motivara su ausencia. Llegó un momento en que decidí que no podía seguir así y que me apetecía verle sin tener que esperar a que la suerte decidiera que ese día nos encontraríamos y nos miraríamos a los ojos. María, que era una de las secretarias del bufete y que se había convertido en mi amiga inseparable, no dejaba de insistir en que le pidiera el teléfono, pues estaba claro que él no lo iba a hacer. Era evidente que se moriría de la vergüenza antes que hacer algo así. Puede que tuviera razón, pero yo tenía mis dudas de si realmente el estaba interesado en mí. María llegó a decirme que, si no era yo quien me acercaba a Jaume y le pedía su número de teléfono, terminaría haciéndolo ella y nos haría quedar como dos niñatos inseguros. Así que me armé de valor y lo hice. Por primera vez en mi vida también, aunque suene presuntuoso, era yo la que iba detrás de un chico, lo cual no está mal para ponerse en el lugar del otro y saber lo difícil que puede ser pedirle una cita a alguien que te gusta, sabiendo de antemano todo lo que tienes que perder.

Las cosas iban bastante despacio, no lo voy a negar, para ser dos jóvenes de más de veinte años que viven el el siglo XXI, es decir, el siglo del "todo lo quiero ahora mismo y no pospongo mis deseos ni un segundo". Parecíamos dos adolescentes iniciando su primera relación, mandándonos mensajitos de vez en cuando pero sin ir mucho más allá. Sin embargo, no sé si precisamente por eso, por esa aparente inaccesibilidad, o porque me parecía increíble que se resistiera a mis encantos, se convirtió en un auténtico reto para mí.

Debido a que mi interés por Jaume no era un mero capricho, sino algo muy real, quería hacer las cosas bien desde el principio, así que el siguiente paso era dejarle claro a Rubén que nuestros furtivos encuentros en la sala de descanso o en su despacho o allá donde se nos ocurriera, iban a terminar para siempre. Lo habíamos pasado más o menos bien y era el momento de pasar página para escribir una nueva. Supuse que esta parte sería muy sencilla, precisamente por la falta de compromiso entre nosotros que ya he comentado en más de una ocasión.

Aprovechando una de sus estancias en la Ciudad Condal, le mandé algún mensaje para explicarle que necesitaba hablar con él. Sin embargo, tal y como venía siendo habitual, las cosas se hacían cuando a Rubén le convenían. A veces, no era necesario ni que lo expresara con palabras, podías adivinarlo en sus gestos, en su mirada o incluso

en sus silencios. Fue entonces, en ese instante en el que había algo que realmente me interesaba, cuando me di cuenta de lo molesta y harta que estaba de todo aquello. Exactamente, estaba cansada de plegar mis necesidades y deseos a sus órdenes y disposiciones.

En primer lugar, tardó bastante en contestarme y traté de pensar y convencerme de que dicha tardanza respondía sencillamente a que estaría ocupado, puesto que era cierto que su agenda y su ritmo de trabajo eran absolutamente trepidantes. Su carrera estaba en la cresta de la ola y se hacía cargo de los casos más importantes y, sobre todo, de los más mediáticos que el bufete tenía entre manos, ya fuera en territorio nacional o en el extranjero. Sin lugar a dudas, era una de las grandes estrellas y, precisamente por ello, uno de los protegidos del señor Alemany. Un par de horas después irrumpió como un ciclón en mi modesto despacho, como si se sintiera con pleno derecho a hacerlo.

- ¿Qué significa eso de que necesitas hablar?

- Hola. Buenos días, ¿qué tal llevas la mañana? ¿Necesitas que te ayude en algo? ¿Te apetece tomar un café? O, simplemente, llamar y preguntar si puedes pasar creo que serían formas mejores de saludar, ¿no crees? - respondí con un evidente tono de enfado.

- No tengo tiempo para estupideces, Elena. Sabes que mi tiempo le cuesta dinero al bufete.

- Vale, no te entretengo entonces. Dime cuando puedes sacar un rato para que hablemos y ya está.

- Dime lo que me tengas que decir ahora.

- No, las cosas nos se hacen así. Necesito hablar con calma.

- No me apetece hablar. Pero si quieres, tengo tiempo para otra cosa.

- Rubén, en serio, necesito que hablemos.

Se quedó mirándome unos instantes como intentando analizarme y descubrir que era lo que pasaba por mi cabeza. Esto era algo común en él, alargar los silencios hasta que se hicieran incómodos y examinar a los demás con su mirada, calibrando las debilidades del otro y averiguando cuál era el momento más oportuno para dar su estocada final.

- ¿Por qué no puedes decírmelo ahora?

- Porque no quiero hacer esto deprisa y corriendo, quiero que hablemos con calma. Sólo dime cuando tienes un rato y me organizo.

- Está bien. No hace falta. Me paso por tu casa esta noche.

- Prefiero que hablemos en una cafetería o algún sitio similar. Si prefieres en un restaurante mientras comemos o cenamos, también puede ser una opción.

- ¿En una cafetería o un restaurante? Me tienes verdaderamente intrigado. ¿Es que estás pensando en prepararme algo especial? -

preguntó, todavía intentando prolongar el juego con segundas intenciones.

- Nada de lo que te imaginas. Sólo me gustaría que habláramos en un lugar tranquilo y neutral, como dos personas cualquiera que tienen una conversación.

- Sabes de sobra que tú y yo no somos dos personas cualquiera. De hecho, no somos nada convencionales, así que no sé porque tendríamos que empezar ahora a hacer las cosas que hace la gente corriente.

- Rubén, en serio, sólo quiero que hablemos. Tengo algo que decirte.

- Si te viene bien, me paso por tu casa esta noche y, si no, tendrás que esperar hasta que encuentre el momento adecuado.

- Siempre tienes que decir la última palabra, ¿no?

- Ya me conoces. En cualquier caso, si prefieres pasarte a verme por mi despacho, puede que en un par de horas tenga un rato libre – dijo con mirada traviesa.

- No, mejor no.

- Bien, entonces te veo esta noche.

Y salió de mi despacho sin más.

No tenía motivos para ello pero, por alguna razón, tuve un mal presentimiento aquel día. Nuestra relación siempre habían tenido una parte de sometimiento, en el sentido de que parecía que siempre era yo la que se subyugaba a sus deseos y horarios, sin apenas capacidad de decisión. Rubén tenía mucho de macho alfa dominante, acostumbrado a salirse con la suya y a que no le rechistaran jamás. No obstante, no puedo decir que en ningún caso observara en él el menor vestigio de agresividad, al menos, no de una agresividad al uso típicamente entendida como la que alguien puede ejercer físicamente sobre otra persona. Es más, después de todo lo que sucedería después, siendo absolutamente honestos, debo mantener que nunca jamás mostró el menor signo de violencia hacia mí, a pesar de lo despótico e intransigente que había sido en diferentes momentos.

Esa es la verdad aunque una verdad a medias ya que, precisamente porque estoy determinada a no callarme nunca más, necesito explicar que sí ejerció cierto terror psicológico sobre mí, da igual que nunca haya podido demostrarlo. Podía mostrarse hostil y, por encima de todo, ser un manipulador de manual, pero jamás empleaba la violencia física o verbal. Supongo que todos esos cuidados y precauciones estaban contemplados en su manual del perfecto sociópata ególatra. Al fin y al cabo, no la necesitaba, pues sabía como manejar la psicología ajena para lograr sus objetivos y hacer que el otro se sintiera culpable por no acceder a sus designios de manera inmediata. Tenía todo bien aprendido y calculado, las

palabras que decir, que actos realizar y cuáles no, igual que sabía manejar los aspectos legales para moverse al límite de la ley sin que nunca pudiera demostrarse nada en su contra.

Por si no ha quedado claro todavía, debo señalar que de Rubén nunca me enamoré, aunque tampoco voy a negar los buenos momentos que pasé con él. Reconocer que existieron forma parte de este ritual de sanación en el que me he embarcado. Supongo que sucumbí a su imagen sofisticada y elegante, a su relevante posición como rutilante estrella del bufete y a sus habilidades como abogado, pues era brillante, elocuente y mordaz. Aparte de todo lo que hubo entre él y yo, le admiraba a nivel profesional porque había logrado cosas asombrosas y era terriblemente difícil rebatir alguno de los argumentos que utilizaba para defender a sus clientes. Simple y llanamente, la preparación de sus casos y su exposición final eran brillantes de principio a fin. No me extrañaría nada que, con el tiempo, se pongan como ejemplo en las facultades de Derecho algunos de sus casos para mostrar a las jóvenes mentes estudiantes los prototipos de la excelencia en la abogacía.

En nuestra relación, si se le puede llamar así, todo parecía un juego, tan excitante, tan al límite, tan provocador. Nada más. No había más conexión, ni emocional ni de ningún tipo. Sin embargo, con Jaume fue todo lo contrario desde el primer segundo en el que nuestras vidas se cruzaron o, mejor dicho, se entrelazaron. De hecho, no tenía ni el menor parecido a Rubén. No creo que existan dos polos más opuestos. Tenía esa inocencia y esa bondad en la mirada que hacen que te fíes de esa persona al instante hasta el límite de confiarle tu vida si fuera preciso, como si intuyeras que nunca va a traicionarte porque simplemente es incapaz de tal vileza. Tenía el pelo castaño con unos adorables y rebeldes rizos cayéndole por la frente, con un aire tan despreocupado que parecía no importarle nada más allá de sus estudios. Solía vestir de manera totalmente informal, con unos vaqueros algo gastados, una camiseta, una chaqueta con capucha y unas zapatillas. Él era joven como yo y aún seguía estudiando Medicina. Su objetivo era trabajar con Médicos Sin Fronteras y dedicar su vida a ayudar a los demás, sin más ambiciones. Por desgracia para él y por mucho que me duela decir algo así, me crucé en su camino.

Jaume y yo empezamos a salir aproximadamente seis semanas después de habernos conocido. Me costó bastante, puesto que, debido a su timidez, le resultaba tremendamente complicado dar cualquier paso, así que fui yo la que tuvo que tomar las riendas de la relación desde el primer momento. Rubén no lo había tomado bien, no porque me quisiera, pues soy consciente de que para él no era más que otro objeto más de su colección de posesiones, sino por el simple hecho de

que yo había tomado la decisión de no vernos más.

- Yo decidiré cuando se acaba - dijo antes de salir de mi apartamento dando un portazo.

Yo no salía de mi asombro cuando escuché aquellas palabras. Supongo que le había acostumbrado a ello, es decir, a decidir cuándo, dónde y cómo nos veíamos cada vez, como si yo fuera su esclava y no tuviera ninguna capacidad de decisión y ni siquiera tuviera derecho a opinar. No se esperaba que, esta vez, no estuviera dispuesta a ceder lo más mínimo, pues, aunque él no lo supiera, había algo que realmente me importaba y que no iba a dejar escapar. Hasta tal punto era egocéntrico, que llegó a decir que lo único que pretendía con aquello era llamar su atención y forzarle para que avanzáramos y formalizáramos nuestra relación. Yo no daba crédito a lo que escuchaba. Estaba entendiendo justo lo contrario de lo que yo le pedía. Era obvio que estaba convencido de que el mundo giraba a su alrededor. Así que dijo que no se creía nada de lo que le estaba contando porque yo era exactamente como él y nunca sería capaz de querer a nadie, por lo cual, él era sin duda lo mejor que yo podría encontrar. Si le dejaba, no tendría ninguna oportunidad. Es decir, hablaba de mí como si fuera un caso perdido aunque posiblemente, en el fondo, estuviera hablando de sí mismo.

Lo que Rubén no sabía es que yo no era en absoluto como él. Me había dejado impresionar por él, eso era cierto, y me había dejado llevar, involucrándome en sus juegos. No obstante, ya había quemado esa etapa y ahora quería algo diferente. Por fin, me apetecía madurar y tener una relación normal y duradera con alguien que podría convertirse en mi compañero de viaje para el resto de mi vida. Ya no se trataba de tontear y jugar esporádicamente a sus propuestas oportunamente peligrosas y siempre excitantes, sino que ahora quería experimentar una relación de pareja en todos sus términos, con sus compromisos, con sus proyectos en común, con su toma de decisiones conjunta. Algo totalmente imprevisible, puesto que yo pensaba que jamás sentiría algo similar.

El resumen de lo que sucedió aquella noche en mi apartamento se concreta en que tuvimos una discusión fuerte, lo cual fue inesperado para mí y supongo que también para Rubén por el simple hecho de que no había habido ningún precedente similar entre nosotros. ¿Para qué discutir si no hay nada importante por lo cual hacerlo? Sin embargo, lo que no podía digerir esta vez era que las cosas no fueran acerca de él o giraran en torno a él, sino que fuera concretamente el término sobrante de la ecuación. Su orgullos estaba siendo herido. Supuse que siempre había sido él quien había cortado sus relaciones previas. Se sentía el soltero de oro que disfruta siendo perseguido por un lazo imaginario lanzado por mujeres que quieren

ponerle un anillo en el dedo y que se rinden a sus pies. Pero esta vez no había lazo alguno, sino una firme determinación por mi parte de dar por finalizado lo nuestro, fuese lo que fuese.

Al principio no pasó nada. Seguíamos sin vernos apenas en el bufete, así que parecía que con la discusión había quedado zanjado el tema definitivamente. Durante unas semanas, me pareció vivir en el paraíso. Todo me iba bien. Tenía la sensación de ser invulnerable. Cada vez me asignaban más casos y más complejos, con un resultado muy favorable para mis clientes, por lo que la confianza de estos hacia mí crecía y, al mismo tiempo, atraía a más clientes. Un círculo de oro perfecto.

Además, a la felicidad que provoca el idilio de una relación que comienza se unía la satisfacción de que me entregaran por fin las llaves del piso que me había comprado. Fue una decisión casi precipitada, pero me había enamorado hacía tiempo de un pequeño ático en una calle aledaña a la avenida Diagonal desde el cual casi podría ir andando al trabajo si quisiera, pues había una distancia prudencial, si media hora o tres cuartos no te parece nada excesivo. Cuando por fin obtuve mi contrato en el bufete, me decidí a hacer mi sueño realidad y comprármelo. Tuve que negociar bastante tanto con los dueños para rebajar el precio como con el banco para que me concedieran la hipoteca pero, finalmente, conseguí un precio que me pareció asequible, teniendo en cuenta mi salario y los beneficios que estaba consiguiendo con la resolución de mis casos, a pesar de que mi carrera no había hecho más que despegar.

Con Jaume todo iba sobre ruedas. Tampoco es ninguna sorpresa porque era imposible llevarse mal con él. Si la relación salía mal, no tenía ninguna duda de que la culpa sería mía. Ojalá le hubiese conocido un año antes, justo antes de meter la pata y de que todo se empezara a torcer de forma imperceptible la noche que conocí a Rubén. Claro que, tal vez, mi cabeza alocada de entonces no habría estado preparada para un chico tan sereno y tan bueno como aquel. Tal vez, habría pensado que era un niñato más y, posiblemente, me habría parecido algo soso, puesto que a Jaume sólo es posible conocerle cuando te adentras en su personalidad, una vez derribada la barrera de esa introversión que le impide mostrarse tal como es hasta que se siente cómodo y seguro.

Nuestra vida juntos iba despegando poco a poco. Nuestros trabajos y sus estudios no nos dejaban demasiado tiempo que disfrutar juntos, así que el poco que teníamos lo exprimíamos al máximo. Él era muy responsable y muy sensato. Yo no paraba de tentarle con diferentes planes y me enfadaba cuando, una vez tras otra, me decía que no. Estaba siendo muy egoísta porque yo ya había accedido a lo que podía llamarse mi sueño profesional, aunque éste aún no estuviera

consolidado, mientras que él seguía luchando sin descanso para sacar las mejores calificaciones posibles. Finalmente, comprendí que por mucho que quisiera estar conmigo y que hiciéramos cosas juntos, él tenía muy claro que debía terminar sus estudios cuanto antes, así que se encerraba muchas horas a estudiar.

Yo misma había estado en su posición no demasiado tiempo atrás. Era incomprensible que no hubiera sido capaz de entenderle y ponerme en su lugar. Pero le echaba de menos y era egoísta porque quería parte de ese tiempo que se llevaba la medicina para mí. De hecho, cuando no estaba demasiado agobiado con exámenes, prácticas o trabajos, pasábamos horas juntos y se quedaba muchas veces a dormir en mi casa. Había descubierto que, una vez liberado de esa timidez que reprimía su personalidad, emergía un joven extremadamente divertido y cariñoso que te hacía adicta a él, pues parecía que todo el tiempo que pasaras a su lado era poco.

Como dije anteriormente, parecía que estaba en el paraíso. Pero sólo fue un espejismo.

# CAPÍTULO 9: Primeros indicios

No tengo ninguna prueba de que haya sido Rubén el causante de mi declive. Sigo sin tener ninguna, ni la más mínima evidencia. A pesar de ello, tampoco tengo ni la menor duda. Hay cosas que se saben, sin más. Llámalo presentimiento, sexto sentido o pura lógica. Es más, no hace falta siquiera que le pongas ningún nombre si no lo estimas conveniente. Ha sido él, lo sé, lo he sentido cada vez, en cada uno de los indicios que señalaban que algo estaba pasando.

¿Cómo estoy tan segura? No podría expresarlo. Es algo parecido a lo que ocurre, por ejemplo, cuando te levantas por la mañana y sientes que no es otro día cualquiera, que algo malo va a pasar, y esa percepción no te abandona hasta que, en efecto, algo sucede. Hay cosas que no se pueden expresar sólo con palabras porque son sensaciones, sutiles percepciones que apenas dejan una huella sutil, como cada vez que he sentido que en mi cuerpo se disparaba una alerta, cuando se aceleraban los latidos de mi corazón, cada vez que se me erizaba el vello sin saber por qué o cuando he sentido que alguien me seguía, a pesar de que mis ojos intentaban convencerme de lo contrario porque no veían a nadie. En cada una de esas ocasiones, ha sucedido algo que demostraba que mi cuerpo no se estaba equivocando. En cada una de esas ocasiones también, he sentido su presencia. Pero, debo insistir, no tengo pruebas que lo demuestren. Y soy consciente de que, sin pruebas, poco puedo hacer para que alguien me crea.

Por eso voy a contar las cosas tal y como yo las viví, y que cada uno que juzgue por sí mismo. ¿Quién, si no él, podría estar interesado en hacerme daño? ¿Tal vez un cliente insatisfecho? ¿Alguien que perdió un juicio contra mí? Podría ser, pero tendría que conocer cosas muy íntimas sobre mí. Debo reconocer que no hubo absolutamente nada, ninguna evidencia irrefutable, ninguna huella o rastro que le comprometiera como acosador o como torturador psicológico. No he podido demostrarlo. Él sabía perfectamente cómo jugar sus bazas y qué límites no debía traspasar. Llevaba demasiado tiempo en este juego de malabares que es la ley.

AL principio, todo fue bastante sutil, casi imperceptible. De hecho, me resulta tremendamente complicado establecer unos límites temporales más o menos precisos. ¿Cuándo empezó todo en realidad? Intento esforzarme, buscar entre mis recuerdos, hurgar en mi memoria cuál fue el primer síntoma que me alertó de que algo sucedía, pero me es imposible. Como si de una batidora se tratase, se mezclan datos en mi cabeza que se unen al estrés laboral de aquella época. Son de esas cosas a las que no le prestas la suficiente atención en su momento porque tratas de quitarles importancia para evitarte preocupaciones

innecesarias. Parecen nimiedades porque realmente no sabes decir si son hechos, suposiciones, presentimientos o imaginaciones, y mucho tiempo después, no te cabe duda de que lo más acertado en aquel momento habría sido tomar nota de todo ello para que ahora, cuando lo necesitas, pudieran constituir una estructura consistente que apuntaría sin lugar a dudas a que algo había empezado a ocurrir y tenía como único propósito destruirte.

Debo insistir en el hecho de que no puedo determinar un inicio claro. Recuerdo que, poco después de que le hubiera dejado claro a Rubén que, le gustase o no, nuestros juegos habían terminado y que estaba determinada a intentar sacar adelante una relación de verdad con otra persona, no ocurrió nada especial, salvo el hecho de que durante muchos días no supe nada de él. Según me pareció entender en el bufete, por aquellos días llevaba un caso bastante importante de una empresa española que estaba en litigio en suelo estadounidense por un negocio en el que había mucho dinero en juego. Para mí fue un alivio, puesto que no me apetecía en absoluto encontrarme con él después de cómo habíamos terminado. Y me relajé, dispuesta a disfrutar de la vida que tanto me sonreía en diferentes aspectos en aquella época.

De pronto, se instauró a mi alrededor una incómoda sensación, como un vaticinio etéreo e inconsistente que se te cuela por las rendijas de tu imaginación, un frío presagio que se parece a un negro nubarrón suspendido en el cielo y que avisa de que se avecina la tormenta, sin importarle lo más mínimo que puedas encontrar o no un lugar en el que resguardarte. No obstante, las señales no eran lo suficientemente claras como para prestarles la debida atención.

Recuerdo haberme levantado una mañana y hacer todo igual que siempre antes de irme a trabajar porque, yo como la mayoría de los seres humanos, respondemos a rutinas que día tras día se repiten para dotar de cierto orden al caos en el que vivimos. Entré en el edificio, cogí el ascensor, llegué pronto al bufete tal y como hacía desde el primer día que empecé a colaborar como becaria, es decir, con tiempo suficiente para saludar a las chicas de administración e intercambiar el último cotilleo del momento, y me fui a mi despacho para preparar la jornada. Fue justo cuando abrí la puerta, en el preciso instante en el que entraba en mi despacho, cuando algo en mi interior se activó y me señaló que debía prestar atención. Por alguna razón, tuve la sensación de que las cosas no estaban tal y como las había dejado la tarde anterior. Sin embargo, tampoco podía estar segura. ¿Qué había cambiado exactamente? Era una simple percepción, algo que parece que no para de insinuarse en tu cabeza alertándote de que algo pasa, pero para lo que no tienes explicación porque no sabrías decir qué es diferente. Tal vez un objeto fuera de lugar, algo que se ha

movido unos centímetros, un leve aroma apenas perceptible que insinúa una presencia extraña. O podían ser sólo imaginaciones mías. Esa fue la primera vez, pero no la única. Varios días de aquella semana y las siguientes me sucedió algo similar. No obstante, tampoco ocurría todos los días y estaba atravesando una época de bastante estrés laboral, lo cual por sí mismo parecía ser una explicación plausible para casi todo.

Hasta ahí, nada importante, nada tangible, nada perjudicial, nada irreversible. Sin embargo, era una velada declaración de que una guerra estaba comenzando. De hecho, mi moral había empezado a minarse de una forma lábil, pues había comenzado a no fiarme plenamente ni de mis instintos ni de mi razón. Lo peor estaba por llegar. Un día, revisando un caso con el señor Alemany antes del juicio, faltaba una hoja trascendental del expediente. Era un proceso judicial relevante y, además, una declaración abierta por parte de mi jefe de que confiaba en mí hasta el punto de ponerme al frente de aquel procedimiento. Estaba totalmente segura de que, la última vez que había mirado la carpeta, estaba todo allí. Fui rápidamente a por mi portátil para buscar el archivo e imprimir la hoja que faltaba, pero me fue imposible porque un virus había devorado el disco duro de mi ordenador. Recuerdo perfectamente lo nerviosa que me puse. En mi cabeza no paraba de martillearme una palabra: no, no, no. Sentía que el corazón me golpeaba el pecho con tanta intensidad que podía sentir como retumbaba mi caja torácica y la fuerza de los latidos ensordecían mis oídos. Quería gritar, quería llorar. Era algo incomprensible para mí y no tenía explicación alguna, pues era muy ordenada y cuidadosa con todo lo relacionado con el trabajo. Nunca me había pasado nada similar, ni siquiera cuando estudiaba y tenía que entregar algún trabajo, pues solía hacer varias copias y revisarlo todo varias veces para asegurarme de que no faltaba nada y estaba casi perfecto. Además, siempre utilizaba buenos antivirus, ninguno de esos que te descargas gratuitamente.

No olvidaré la expresión de decepción que se dibujó en el rostro de mi jefe. Puede que eso fuera lo que más me dolió. Con sus actos, sin decir una sola palabra, me había dicho a voz en grito que confiaba en mí. Una vez más, sin verbalizar nada, me estaba trasmitiendo alto y claro su reproche, así como el desengaño que sentía y el desencanto que le producía esta situación. Yo no sabía qué decirle, no tenía forma alguna de justificarlo. Sentí como palidecía y como la frustración y la rabia contenida estaban a punto de hacerme llorar. Pero no podía llorar, sería una terrible muestra de debilidad y tenía que mostrar seguridad y confianza. Me lo debía a mí misma y a todo el esfuerzo que había invertido.

- Elena, no te preocupes. Estoy seguro de que vas a encontrarlo

y vas a solucionar este desastre. Todos cometemos errores alguna vez - me dijo para intentar tranquilizarme, aunque sus palabras no correspondían al mensaje que transmitía su gesto severo y contrariado.

- No lo entiendo, siempre soy muy ordenada y cuidadosa, especialmente con las cosas del trabajo - traté de justificarme.

- No lo dudo. No volverá a suceder - concluyó, no sabría decir si en tono de advertencia, aunque verdaderamente en aquel preciso instante me lo pareció.

- Por supuesto que no. Nunca antes me había sucedido algo similar.

- A veces, hay distracciones personales que interfieren en nuestro trabajo y debemos ponerles coto.

Esto último me dejó descolocada hasta el punto de dejar mi respuesta congelada entre mis labios. Supuse que se refería a Jaume, aunque no comprendía cómo se podía haber enterado de mi relación con él, pues sólo lo sabía María y, por otra parte, él nunca había ido a recogerme al trabajo. No obstante, tuve una ligera sospecha de que también podría estar hablando de Rubén. ¿Le habría dicho él algo acerca de lo nuestro? No podía ser, a él tampoco le convenía. O tal vez sí y era su forma de intentar asegurarse que tenía al pez gordo de su parte, desvelando un secreto del que no se sentía orgulloso como muestra de su respeto infinito hacia él. Me quedé sin palabras.

# CAPÍTULO 10: Detrimentos

Si todo hubiera quedado ahí, no estaría escribiendo estas líneas. Habrían sido casualidades, despistes o una confabulación de raros e infrecuentes hechos en mi contra para los que no habría encontrado explicación. No habría sospechado de nada ni de nadie. Me habría juzgado duramente a mí misma por no estar a la altura y me habría auto flagelado hasta que considerara que el castigo que me autoimponía era suficientemente duro por hacer peligrar todo aquello por lo que llevaba tiempo luchando. Sin embargo, no fue la última vez en la que algo similar sucedió.

Hubo alguna ocasión en que se me borraban mails o documentos que estaba segura que había guardado. Llevé mi portátil a un servicio técnico y solicité que revisaran a fondo mi ordenador porque me estaban sucediendo cosas bastante extrañas. Según me dijeron, no había nada raro y no habían encontrado ninguna puerta de acceso a un posible control remoto de mi ordenador. Consideraban que no tenía más motivos para preocuparme, porque lo habían limpiado bien y le habían instalado potentes antivirus. Aún así, me aconsejaron que cambiara mis contraseñas de forma frecuente y que pusiera otras que fueran bastante complejas, ya que, por lo que les había contado, parecía más que probable que alguien tuviera acceso a mi cuenta y, si eso era cierto, probablemente no les habría resultado difícil haber accedido a otras cosas. Lo que me contaban me parecía espeluznante. Me sentía totalmente expuesta. Ni que decir tiene que mi vida estaba en mi ordenador, mi Tablet y mi móvil, supongo que como le ocurre a la mayoría de la gente hoy en día.

Si esto no parece suficiente, ocurrieron más cosas, como que aparecían papeles de distintos casos mezclados en las carpetas asignadas a cada uno. Incluso en alguna que otra ocasión, simplemente no aparecía la carpeta del expediente que necesitaba y terminaba por encontrarla en algún lugar inopinado. Creía estar volviéndome loca y me planteé muy seriamente acudir a ver a un psicólogo, pues, tal vez, todo era fruto de mi imaginación, de que no sabía responder a la presión ni gestionar el estrés que ésta provocaba. ¿Qué me estaba pasando? Tenía que hacer algo para remediarlo. Empecé a ir incluso antes al bufete para asegurarme de que, antes de empezar la jornada, todo estaba bajo control y en su sitio. Y, si no era así, tendría tiempo de solventarlo antes de que diera comienzo la jornada y volviera a quedar como una incompetente. No podía permitirme más errores, ni uno más. Estaba casi paranoica. Cada día antes de abandonar el despacho, trataba de memorizar de forma fotográfica cómo había dejado las cosas y lo revisaba todo varias veces. Incluso, en alguna ocasión, cuando ya estaba en el ascensor,

volvía a mi despacho a hacer una comprobación adicional, como si estuviera sufriendo un trastorno obsesivo compulsivo.

Después de un par de semanas inexplicablemente caóticas para mí en las que mi vida parecía escaparse de mi control, de pronto, todo pareció volver a la normalidad en el trabajo. Todo aquello me había supuesto realizar tal esfuerzo extra, que me parecía estar al borde de la extenuación. No obstante, poco importaba dicho esfuerzo, puesto que era obvio que la confianza que el señor Alemany tenía en mí se había resquebrajado para siempre y mi reputación ya estaba en entredicho. Cuesta mucho labrarse una buena fama y demasiado poco echarla por la borda. Para ello, no tienes que hacer nada, sólo dejarte arrastrar por la corriente que te aleja peligrosamente de ese objetivo soñado. Sentí que mi puesto allí había empezado verdaderamente a peligrar pues, incluso, de alguna manera, había llegado a oídos de algún cliente que había traspapelado parte de la documentación necesaria, así que algunos ya no querían trabajar conmigo y pedían que se le asignara otro letrado del bufete. Aducían que, simplemente, no les parecía de fiar y no iban a dejar sus asuntos legales en manos de cualquiera, y menos en las de una novata. Traté de convencerme de que podría recuperarme de todo aquello porque era joven y con el tiempo todo se olvida, y decidí que lucharía hasta el límite de mis fuerzas para ello.

Entonces, cuando toda mi atención se dirigía a recomponer mi cuestionada competencia como abogada, la estrategia para conseguir desestabilizarme cambió de forma drástica e inesperada. Ya había conseguido hacerme daño en el trabajo sin que yo me hubiera percatado de sus movimientos en la sombra y sin haber levantado la mínima sospecha hacia él. ¿Cómo iba a hacerlo? Nadie sabía nada sobre lo que había habido entre nosotros, así que era improbable que ni una sola persona, salvo yo, sospechara de su involucración. Era más fácil para todos pensar que era culpa mía, que no era lo suficientemente buena para un trabajo tan exigente como aquel. Al fin y al cabo, seguía siendo la nueva.

Hasta ese instante, Rubén sólo había sembrado una duda en cierto sentido razonable acerca de mi competencia como abogada, una duda que también había calado hondo en mi interior y que me llenaba de inseguridades. Demasiados hechos inexplicables apuntaban que yo no estaba a la altura de un bufete de esa clase. Suficiente para él. Podría haberlo dejado ahí, pero no, su voracidad era insaciable. Así que ahora tenía que atacar otros frentes para derribar mi ya de por sí debilitada personalidad. Un día encontré una rosa de Alejandría marchita en el capó de mi coche. A primera vista, no parece algo mezquino, sino todo lo contrario, un bonito detalle de alguien a quien le importas. Era exactamente el tipo de rosa que más me gusta, algo

que no sabe mucha gente, diría para ser más exactos que no lo sabe casi nadie. Esto ya no era nada sutil ni subrepticio, sino una declaración en voz alta de que no iba a dejarme tranquila. Sospecho que el hecho de que estuviera marchita también escondía un mensaje subliminal de lo más siniestro, aunque preferí no pensar en ello. No servía de nada atormentarme más aún.

Desde ese instante, empecé a tener la sensación de que me seguían, como si siempre alguien estuviera vigilando mis movimientos. Sin embargo, de esto sí que no tengo certeza alguna y cabe la posibilidad de me sugestionara hasta el extremo de percibir cosas que no estaban ahí. Lo que sí conozco muy bien es la conmoción que te provoca, porque es una sensación tan desagradable y estremecedora que te atraviesa hasta el núcleo y lo llena todo de sombras espectrales, presencias y ojos vigilantes a tu alrededor. Real o inventado, es algo que te sobrecoge y deja una impresión constante en tu psique, como si fuera una huella indeleble cargada de temor e inseguridad que te va debilitando sin apenas apercibirte de ello.

Recuerdo que un día, al volver del trabajo, no conseguí abrir el buzón. Intentaba meter mi llave y no lograba que encajara. Miraba con incredulidad mi llavero, por si estaba equivocándome de llaves y estaba intentando meter la que no era. Cuando llegó el cerrajero, dijo que parecía que lo habían forzado. No obstante, supongo que al ver la preocupación en mi rostro, trató de quitarle importancia diciendo que seguramente habría sido algún gamberro o, incluso, que era posible que otro vecino se hubiera equivocado al meter su llave. Seguramente el despistado de turno al intentar hacer girar la cerradura, la había dejado inutilizada. Según comentó, esto era algo más habitual de lo que podía imaginarme e insistía en que no debía preocuparme lo más mínimo. Agradecí en silencio sus palabras de consuelo. Quería agarrarme a cualquier explicación razonable y sencilla. Sin embargo, para mí empezaba a estar claro que eran demasiadas cosas anómalas en poco tiempo. Algo raro estaba pasando y no era una mera casualidad. En cualquier caso, como es obvio, no pude echar nada en falta de lo que había en el buzón porque sencillamente no sabía cuál era su contenido aquel día. Tal vez el cerrajero tenía razón y no debía inquietarme.

A pesar de que aún no había llegado a la firme conclusión de que era Rubén el causante de todos mis males, ya se había empezado a meter en mi cabeza la idea más que plausible de que él estaba detrás de todo aquello. No tenía sentido para mí. No había sabido nada de él desde el último día que hablamos en mi piso o, para ser exactos, que discutimos. No quería fiarme de mi instinto que me gritaba que abriera los ojos para verlo con claridad, porque él no había vuelto a llamarme ni a pasarse a verme ni nada similar para intentar que

retomáramos lo que fuera que habíamos tenido. Es más, parecía haberse esfumado como por arte de magia. Supongo que, ingenuamente, en el fondo pensaba que su única motivación eran los celos o que me echaba de menos. Podía ser que estuviera tratando de llamar mi atención de forma siniestra, porque su orgullo le impedía suplicarme que volviera con él. Obviamente, seguía siendo vanidosa hasta el punto de creer que él estuviera orquestando todo aquello sólo para que volviéramos a estar juntos. Nunca me había planteado hasta entonces que los motivos pudieran ser tan radicalmente diferentes. Es difícil reconocer la vileza humana cuando se es tan joven.

# CAPÍTULO 11: Miedo

Había sido una jornada muy intensa. Aquel día había ido al trabajo en transporte público y recuerdo lo cansada que me sentía y las ganas que tenía de llegar a casa. Necesitaba estar tranquila. Sólo quería darme una ducha relajante y sentarme en el sofá a ver la televisión y no pensar en nada. Mi mente necesitaba entrar en modo de desconexión, aunque sólo fuera por unos instantes. Ansiaba la calidez de mi piso y la seguridad que te proporciona sentirte en tu refugio particular. Recuerdo mis sensaciones cuando salía de la boca del metro y me iba aproximando al esperado confort que te ofrece tu hogar. Casi me costaba andar, los zapatos me hacían daño y mi maletín parecía pesar una tonelada. Daba igual lo cerca que me encontrase, me daba la sensación de que no iba a llegar nunca.

Aquella noche, cuando por fin llegué a casa y abrí la puerta, percibí que algo era diferente. Ni siquiera había dado las luces. No hacía falta. El presentimiento era muy real, tanto que casi podía darle una descripción física. Me encontré un cajón abierto que estaba segura de haber dejado cerrado. Nada espeluznante, la verdad, pero sí algo perturbador, especialmente en aquella etapa que estaba atravesando en la que ya no sabía qué era real y qué no. Soy muy organizada, rayando la obsesión, y resultaba altamente improbable que lo hubiera dejado así. Volvieron a mi cabeza las pesadillas de los días en los que en el trabajo las cosas aparecían fuera de su sitio. Llegué a dudar seriamente de mi salud mental. No parecía posible que Rubén, si es que era el responsable, pudiera tener acceso a mi nuevo piso y dudaba incluso de que conociera mi dirección, pues él nunca había estado en él. Si mi cabeza no me fallaba y seguía estando cuerda, parecía plausible que alguien había estado entrando en mi despacho y en mi casa. Me sentí vulnerable y frágil. Y sentí miedo, pero no un miedo cualquiera. Era un miedo aterrador, porque llevaba implícita la extrema virulencia que involucra el sentir violentado tu refugio sagrado, tu hogar.

Aquella fue la primera intromisión real a mi intimidad, a mi santuario privado. No fue la última. En otra ocasión, cuando llegué a casa, vi que estaba encendida la luz de la mesilla de mi dormitorio. Me es imposible describir lo que se me pasó por la cabeza en el momento que abrí la puerta blindada de la casa y me percaté de que había una luz encendida en mi habitación. Otra noche, fue la lámpara de lectura del salón. Estaba segura de haberlas apagado, pero no quería volverme paranoica y trataba de convencerme una y otra vez de que no ocurría nada y de que siempre la explicación más sencilla es la verdadera. Tampoco ocurría en noches consecutivas ni cuando venía Jaume a dormir a casa, así que, aunque la alarma se hubiera

instalado en mi cabeza, seguía aferrándome a cualquier cosa que corroborara que no ocurría nada fuera de lo normal. Hasta que, una noche, ya no tuve dudas, simplemente porque era imposible tenerlas. Me encontré que estaba puesta en reproducción automática la canción "Broken glass" de Sia, una canción que me encantaba y que estaba casi segura de que sólo Rubén lo sabía, pues muchas veces la ponía cuando me llevaba a casa en su deslumbrante deportivo de alta gama.

Aquella noche, al poco de entrar en mi piso, llamaron al teléfono fijo desde un número oculto, pero nadie respondió al otro lado. Tal vez el único objetivo era escuchar desde el otro lado de la línea mi respiración agitada y mi voz temblorosa. Mi miedo era palpable, no hacía falta verlo en primera persona para identificarlo como tal. Estaba claro que quería que sintiera el terror de saber que no podía echarle de mi vida si él no quería, que seguía estando, en cierto modo, bajo su control. Desde entonces, no he podido volver a escuchar aquella preciosa canción, porque cuando oigo los primeros acordes me estremezco de miedo y noto como se me eriza el vello de la nuca y un escalofrío recorre mi espina dorsal. Es como una conducta aprendida de forma automática y casi inconsciente, puesto que no requiere más que eso, un acorde, una nota, y mi cuerpo entero pasa a estar a merced del pánico. Cuando llamé a la policía, sentí que me tomaban por una loca. Decían que tenían muchas cosas urgentes y verdaderamente importantes que atender como para personarse en el piso de una joven que se había dejado el reproductor de música encendido. Sólo cuando les dije en el bufete que trabajaba y que era abogada, parecieron hacerme un mínimo caso. Al final, conseguí que viniera una pareja de agentes, tomaron huellas e hicieron algo así como una investigación preliminar que no llevó a ningún sitio.

Me sentía totalmente desamparada e indefensa. Me daba miedo ir a mi apartamento. Cada vez que abría la puerta esperaba encontrarme alguna sorpresa desagradable. A veces, eran cosas sutiles y, en otras ocasiones, había ejemplos claros de que alguien había estado allí, pues aparecían cosas cambiadas de sitio. Cambié la cerradura en un par de ocasiones, pero el efecto duraba poco tiempo. Al final, de algún modo que no alcanzo a comprender, él encontraba algún medio para acceder a mi casa. Quería huir, cambiarme de vivienda, pero no podía porque no hacía mucho que había firmado la hipoteca y no estaba en situación de pagar el préstamo y un alquiler al mismo tiempo. Me arrepentí en aquel instante de haberlo comprado, puesto que un piso de alquiler puedes dejarlo y ya está. Pagas la fianza y pasas página. Y yo quería huir de allí, aunque era consciente de que eso tampoco era la solución. Si huía una vez, tendría que hacerlo el resto de mi vida.

Me preguntaba cómo habría conseguido las llaves de mi casa,

pues me había mudado después de haber roto con él toda relación y Rubén nunca había estado allí. Supuse que habría sido algún día en la oficina, en algún momento que dejase mi bolso en mi despacho y estuviera ocupada en alguna reunión o tomando un café en la sala de descanso o cualquier otra cosa. Me parecía inconcebible que fuera así, pues era algo retorcido y extremadamente malicioso. Dudaba mucho que hubiera conseguido convencer al portero del edificio para que le permitiera acceder a mi casa, puesto que éste guardaba una copia de las llaves de las casas de todos los vecinos de la finca. Eran unas suposiciones maquiavélicas y enrevesadas que me resultaban imposibles de creer. Además, quería convencerme de que Rubén nunca habría orquestado semejantes tejemanejes, teniendo en cuenta que él nunca había mostrado mayor interés en mí que el de utilizarme como si fuera un juguete del que te aburres cuando te compran uno más nuevo. ¿A que venía todo esto? Control, sometimiento, poder: de eso se trataba.

# CAPÍTULO 12: Silencios

Durante bastante tiempo, no le conté a nadie lo que estaba sucediendo, pues ello implicaba contar todo lo demás, es decir, como había conocido a Rubén, lo que había ocurrido entre nosotros y como habían terminado las cosas. Supongo que en parte debido a ello, la indefensión que sentía se iba acrecentando día a día. Me estaba enfrentando yo sola a un monstruo del que desconocía tanto las dimensiones como sus límites, si es que tenía alguno, cosa que tampoco sabía. Y si no existían esas líneas divisorias que delimitaran a la bestia, entonces, ¿hasta dónde podría llegar? Las dudas me asaltaban, las preguntas sin respuesta inundaban mi cabeza y el desasosiego se adueñaba de mi vida. Pero no sólo eso, además trataba de disimular que todo iba bien para que nadie de los que me importaba sospechara que algo estaba ocurriendo. No quería causarles dolor ni que se preocuparan por mí. Después de todo aquello, si de algo puedo dar fe, es de que los secretos te devoran.

Fue un gran error, puede que el mayor de todos. Si desde el minuto uno hubiera compartido mis inquietudes, puede que les hubiese puesto freno y todo hubiera acabado enseguida. Pero me pudo el miedo al que dirán y a la lapidación pública por un comportamiento poco adecuado a las convenciones sociales. No le recomiendo a nadie soportar en soledad una carga de ese tipo. Es algo totalmente autodestructivo, pues se convierte en un diálogo que sólo ocurre en tu interior y que va llenando el vaso hasta rebosarlo. Cargar tú solo con el peso de algo así te lleva al borde del abismo, a un lugar en el que se difuminan las líneas que separan la realidad de la imaginación.

Al principio, no dije nada porque no quería darle mayor importancia y pensaba que todo terminaría por solucionarse. Algo así como que el tiempo lo cura todo, una mentira de dimensiones colosales que atraviesa la historia de la humanidad porque el tiempo no cura, como mucho, amortigua, cuando no agrava las cosas. Después, el motivo era que no quería que se preocuparan las personas que sé que me quieren y, además, no quería que Jaume conociera el tipo de relación que había tenido antes de estar con él, porque no me sentía orgullosa de ella y no sabía cómo podría reaccionar al enterarse, incluso aunque nunca llegara a conocer los detalles más íntimos de ella. Además, que yo supiera, nadie en el bufete sabía lo nuestro y no me parecía que fuera una buena idea empezar a airearlo. Pero llegó el momento en el que no pude más y decidí contárselo a María. Necesitaba compartirlo con alguien. Era una losa demasiado pesada para llevarla yo sola.

Fue un día tomando café a la hora del descanso en la terraza de una cafetería cercana al bufete. Hacía muy buen tiempo y por eso

habíamos decidido sentarnos fuera. Sólo habíamos salido María y yo porque las demás estaban muy liadas aquel día, así que me pareció el momento perfecto. Le comenté que necesitaba hablar con ella, pero necesitaba tiempo, así que le dije que tal vez podíamos comer juntas aquel día.

- ¿Es algo grave? Porque pareces preocupada - me dijo.

- No lo sé. Puede que lo sea. ¿Sabes?, a veces pienso que hay errores que no paran de perseguirnos.

- Estás siendo de lo más críptica - señaló, mientras arrugaba su frente para reforzar sus palabras.

- Puede ser. Y lo siento si es así. Es que no quiero empezar a contarte esto y dejarlo a la mitad porque podrías malinterpretarlo. Necesito decírtelo todo de principio a fin para que lo entiendas y puedas darme tu opinión.

- Vale - respondió con cara de consternación -. Tal vez podemos vernos mejor después del trabajo y así me cuentas con calma, sin la presión de tener que volver más tarde al trabajo.

En ese momento, sucedió algo inesperado. Yo me encontraba sentada de espaldas a la calle y de frente a la entrada de la cafetería, así que no me percaté de lo que se avecinaba. Rubén se sentó con nosotras, como si fuera algo de lo más habitual. Llevaba mucho tiempo sin verle, pues no coincidíamos mucho en el despacho y, cuando lo hacíamos, normalmente era en reuniones a las que estábamos convocados todos los abogados de la firma, lo que no era muy frecuente, aunque sí incómodo. Alguna vez le había visto por los pasillos, pero no habíamos cruzado ni siquiera una mirada. Llevábamos más tiempo aún sin hablar, exactamente desde que discutimos en mi piso cuando le comuniqué que todo se había acabado.

Cuando se sentó junto a nosotras como si nada pasara, sentí como me estremecía de la cabeza a los pies. Las manos se me quedaron frías, como si el miedo hubiera helado mis terminaciones nerviosas. María aparentaba estar encantada de que estuviera allí, al menos, es lo que me pareció ver en su mirada. No me sorprendió, puesto que, como ya he dicho anteriormente, Rubén tenía algo que le hacía tremendamente atrayente y seductor y no era otra cosa que esa autoconfianza y esa sofisticación, además de un atractivo físico irrebatible. Por otra parte, estaba el hecho de que era la joya del bufete y el niño mimado de los jefes, alguien que parecía inalcanzable, con lo que podía comprender perfectamente el efecto de deslumbramiento que provocaba en María, con quien posiblemente no habría intercambiado en los años que llevaba allí más que palabras de cortesía cuando le solicitaba alguna documentación. Yo misma había sido víctima de ese peligroso cóctel que combinaba ingredientes tan

llamativos.

- ¿Os importa que me siente con vosotras?

- ¡Claro que no! - respondió entusiasmada María casi sin dejarle terminar la pregunta.

- Iba a tomarme un café yo solo y, cuando os he visto, he pensado que sería mucho más agradable hacer el descanso en buena compañía, y cuál mejor que la de dos de las chicas más bonitas del bufete - dijo mientras dibujaba en sus labios una perfecta y fastuosa sonrisa.

Yo estaba petrificada. Me repugnaba su tono adulador, hasta el punto de que casi pude percibir una náusea pugnando por salir de mi interior para vaciarme de la repulsión que sentía. No sabía cómo reaccionar. ¿Era algún tipo de provocación? ¿Era un aviso? ¿O, tal vez, sólo quería ver mi reacción y el impacto que estaba causando en mí? Traté de respirar para tranquilizarme y no hacer ninguna tontería, pues en el estado de nervios en el que me encontraba mi reacción podía ser imprevisible. Traté de fijar mi atención en cosas ajenas a lo que allí sucedía hasta que el aplomo volviera a mí, aunque era consciente de que a duras penas lo conseguía. No debía dejarle siquiera intuir que estaba trastornando mi vida del modo que lo estaba haciendo. Ni una sola vez en el tiempo que duró nuestra relación, por llamarla de alguna manera, habíamos tomado café juntos en el trabajo. Era evidente que no era casual que estuviera allí con nosotras aquella mañana.

- ¿Qué tal va todo, Elena? - preguntó con absoluta tranquilidad. Su gesto era de total seguridad y confianza en sí mismo, con su espalda descansando sobre el respaldo de la silla, sus piernas cruzadas de forma relajada y sus manos entrelazadas sobre su regazo.

- Muy bien, la verdad. No me puedo quejar - respondí, tratando de mostrarme lo más aséptica posible, al tiempo que sostenía su mirada.

- Me alegra oírlo. Por cierto, enhorabuena por tu nuevo puesto. Desde luego tu trayectoria con nosotros está siendo meteórica, aunque no me sorprende porque los socios siempre han apostado por los jóvenes valores. Estoy seguro que ha sido una decisión acertada para el bufete. Estaré encantado de trabajar contigo en algún caso llegado el momento. Mientras tanto, si necesitas asesoramiento, no dudes en pedirme ayuda.

- Gracias, pero no creo que sea necesario - respondí con sequedad.

María me miraba extrañada. No era habitual en mí mostrarme tan seria y tan distante con nadie. Además, seguramente no se le escapaba el hecho de que siempre es buena idea llevarte bien con los peces gordos del bufete si lo que te interesa es subir escalones en tu

carrera profesional. Me daba igual lo que pensara, no era algo que me preocupara en aquel momento porque lo que no iba a hacer era disimular.

- Tal vez estabais hablando de algo privado y os he interrumpido. Si lo preferís, puedo dejaros solas.

- ¡No, para nada! - señaló María -. Puedes unirte perfectamente a nosotras.

- ¿A ti también te parece bien, Elena?

- Puedes hacer lo que quieras, yo ya me iba.

Me levanté, dejé unas monedas en la mesa para pagar el café y me fui. Simplemente no pude soportar tanta hipocresía. Sentía que la rabia se apoderaba de mi garganta y tensaba tanto los músculos de mi cuello que hasta me dolían. Si me hubiera dejado llevar por mis instintos más básicos, si no los hubiera reprimido ni lo más mínimo, le habría gritado hasta desahogarme. Le habría dicho que sabía todo lo que estaba haciendo, que estaba segura de que era él, que era un malnacido sin escrúpulos y que no iba a permitirle que me arruinara la vida. Sí, tal vez me hubiera quedado a gusto por un momento, pero también me habría puesto en evidencia y le habría dado una pista de lo que estaba sufriendo. Simplemente, no me podía permitir algo así.

Cuando subía en el ascensor, sentía una ganas enormes de llorar. La frustración me dominaba. ¿Por qué tenía que hacerme todo esto? Es incomprensible que una persona inflija dolor a otra por despecho, porque se siente herida y abandonada. Pero, al fin y al cabo, hay sentimientos, hay un motivo, por miserable que éste sea. Lo que me estaba haciendo él a mí, incluso era menos entendible porque aquí nunca había habido amor, ni cariño siquiera. Solamente nos habíamos divertido. No existían vínculos emocionales, nada que nos uniera. Sólo había una explicación: no le gustaba perder y, menos aún, que alguien le dijera que se acabó si él no había tomado antes la misma decisión.

El resto del día estuve evitando a María. Después de lo poco que había visto, ya no me apetecía contarle nada relativo a Rubén. Me había hecho mi composición de lugar y cuestioné la lealtad de mi amiga porque me dio la impresión de que se había dejado fascinar por él. María me envió un par de mensajes al móvil: “¿Por qué te has ido? Me has dejado allí tirada”. No contesté. Ella volvió a la carga una hora después: “Llámame, ¿vale? Tenemos una conversación pendiente”. Podía ser que estuviera preocupada, o también que estuviera fingiendo una falsa consternación. Me daba igual. Estaba enfadada y no me importaba ser injusta.

Por la noche, vino Jaume a mi casa a dormir. No me había planteado contarle nada de lo que estaba sucediendo, sobre todo, porque estaba en época de exámenes y necesitaba estar centrado y

tranquilo. No era buena idea abrumarle con mis problemas. Sin embargo, ingenuamente pensaba que las cosas ya no me podían ir peor y necesitaba desahogarme con alguien. En aquellos momentos fui plenamente consciente de que había sido un error mantener escondida aquella relación, no sólo por tener que revelar de golpe tantas cosas de las que no me sentía orgullosa sino porque, además, sonaba ridículo que supuestamente me estuviera acosando alguien del que nadie tenía la menor sospecha de que hubiera estado conmigo o tuviera relación alguna. Sonaba a obsesiones de una chiflada que trata de justificar sus equivocaciones.

Cuando entró en casa, enseguida se dio cuenta de que algo me ocurría. Imagino que aquel día había agotado mis recursos para fingir algo que no sentía, que en ese momento estaba muy lejos de sentir además, porque la serenidad y el sosiego no se encontraban en mi menú de opciones.

- ¿Qué sucede? - dijo Jaume con tono de alarma -. ¿Has tenido algún problema en el trabajo?

- ¿Algún problema? - repetí suspirando -. Ojalá fuera sólo algún problema.

- ¿Te ha pasado algo con con un cliente? ¿Has discutido con tu jefe? Cuéntamelo, por favor, porque pareces muy angustiada y me estás preocupando.

- No debería contarte esto, pero ya no puedo soportarlo más.

- Elena, en serio, me estás asustando. ¿Qué te ha ocurrido?

- Hay algunas cosas de mí que no sabes y que no te van a gustar. Me avergüenza mucho hablar de lo que estoy a punto de contarte, pero no puedo ocultarlo por más tiempo.

¿Cómo iba a verter toda aquella inmundicia sobre él? Me aterrorizaba pensar cómo iba a hacerle sentir todo aquello. Pero necesitaba exorcizar mis demonios, sacarlos al exterior y ponerlos en palabras, a ver si conseguía disiparlos en el viento. Tal vez al decirlo en voz alta, no pareciera tan malo y empezase a ver las cosas de otra manera.

Sin entrar en demasiados detalles que consideré innecesarios, le relaté a Jaume la relación que había mantenido con Rubén y lo que había estado sucediendo en las últimas semanas. Al principio, se mostró abúlico e, incluso podría decirse, que casi parecía sufrir algún tipo de alexitimia. No reaccionaba. Su cara no transmitía ninguna emoción. Supongo que estaba absolutamente desconcertado ante lo que estaba escuchando. No soy capaz de imaginar cómo habría reaccionado yo en su lugar. Se desmoronaba de un plumazo la imagen de niña buena y responsable que él tenía de mí. Estaba en shock.

Pasado ese momento de desconcierto inicial, me pareció estar ante alguien desconocido para mí. Jaume, tan tranquilo y calmado

siempre, tan sereno, se puso furioso y no paraba de gritar que no iba a tolerar que aquel malnacido me tratase así. Traté de apaciguarle lo mejor que pude y le dije que iba a solucionarlo, que confiara en mí y lo dejara de mi cuenta, pero estaba totalmente fuera de sí y temí que pudiera hacer alguna tontería.

Aquella noche, nos quedamos hablando hasta muy tarde.

- ¿En qué piensas? - le pregunté.

- En nada.

- No me mientas. Sé que algo te da vueltas en la cabeza. Supongo que estás decepcionado y, tal vez, también dolido.

- No, es tu vida y tienes derecho a vivirla como quieras. Además, eso forma parte de tu pasado, aunque sea un pasado reciente. Me importa lo que hagas de ahora en adelante y lo que valores nuestra relación.

- La valoro muchísimo. Si no hubiera sido porque te conocí, no sé si habría abierto los ojos.

Daba igual lo que me dijera. Incluso, puede que estuviera siendo sincero. Sin embargo, yo percibía que estaba sufriendo y que le costaba digerir todo aquello. Tal vez, sentía que no había confiado en él y eso le dolía, o tal vez, le disgustaba saber cosas de mí que no hubiera imaginado, pues me había encargado de venderle la imagen ideal de chica buena, responsable y trabajadora.

Al día siguiente, en cuanto llegué al bufete, María salió a mi encuentro. No había respondido a sus mensajes y estaba visiblemente enfadada. Estaba en todo su derecho de estar molesta, puesto que no le había dado ninguna explicación y la había declarado culpable de algo que no había hecho.

- ¿Vas a explicarme de una vez qué te he hecho?

- Nada. No tengo nada que hablar contigo.

- Pero, ¿de qué vas? Ayer te levantaste de la mesa sin avisar y me dejaste allí tirada. Y ahora no quieres ni hablar conmigo.

- Bueno, no quería molestar. Era evidente que estabas encantada con Rubén allí - le contesté, con visible malestar.

- ¿Qué? No sé a qué te refieres pero, ¿sabes?, no soy estúpida y me conviene llevarme bien con los pesos pesados del bufete. Mi trabajo depende de ello. Y a Rubén no conviene tenerle de enemigo, por mucho que me parezca un estirado y un prepotente. Se cree Don Perfecto y no soporto a la gente así. Pero es lo que hay, a veces hay que tragar con cosas que no nos gustan.

- ¿Hablas en serio? - pregunté incrédula, sintiendo el remordimiento en mi conciencia por haberla juzgado sin darle siquiera la oportunidad de replicar.

- ¡Pues claro! ¿Es que no me conoces? ¿Cuándo me has visto con alguien así? - preguntó indignada -. Es insufrible. Se cree por

encima del bien y del mal, pero yo tengo que pagar mi hipoteca y si tengo que fingir una sonrisa llena de hipocresía, pues lo hago y punto. Lo siento, Elena, porque posiblemente no soy el mayor ejemplo de integridad moral, pero la necesidad me apremia. Todavía me pregunto por qué descendió ayer de su pedestal y se sentó con nosotras a tomar café.

- María, cuando te dije que tenía algo que contarte era referente a él.

- ¿A Rubén? ¿Estás de broma?

- Tenemos que hablar, ¿vale? Pero este no es el lugar más adecuado.

- Claro.

El resto del día me costó centrarme. No sabía cómo iba a plantearle el tema a María. Me habían sorprendido su reacción y sus palabras. Se había reafirmado la buena imagen que tenía de ella y me sentía culpable por haberme comportado con ella como una adolescente que se enfada y simplemente deja de hablar, escondiéndose en su resentimiento interminable con el resto del mundo.

Decidimos que se vendría a mi casa a cenar y allí tendríamos toda la intimidad necesaria para hablar con calma. De camino a mi piso, paramos en un restaurante de comida rápida para llevar y así nos evitábamos tener que cocinar después de otro día de trabajo intenso. Durante largo rato hablamos de cosas intrascendentes, como cuando se quiere esquivar algo que se sabe inevitable. Así que, esperamos a terminar de cenar para hablar largo y tendido.

- No sé cuánto más quieres esperar para contarme eso que tanto te preocupa y que, además, me tiene tan intrigada, pero te recuerdo que mañana trabajamos temprano y yo todavía tengo que llegar a mi casa.

Le conté como había conocido a Rubén aquella noche en un pub en el que trabajaba como camarera y que nos fuimos a mi casa después de cerrar. Después de aquello, no le había vuelto a ver hasta que coincidimos en una reunión del bufete, aunque él me había dicho que había pasado por el bar más de una vez por si me encontraba allí. Le dije que mi intención era no volver a tener ningún lío con él, hasta que se presentó en mi casa el día que Meritxell se había mudado y empezó todo. Le hablé de nuestros escarceos en la oficina y de los gustos peligrosos que tenía. Le conté que, antes de empezar a salir con Jaume, había quedado en mi piso con Rubén para dejarle claro que daba por finalizado lo que fuera que tuviéramos y cómo se enfadó por ello. Después de eso, apenas le había visto. Sin embargo, no habían dejado de pasarme cosas extrañas que escondían malas intenciones y que cada vez estaba más segura que él estaba detrás de cada una de

ellas de algún modo, aunque tampoco sabía explicar cómo, lo cual entendía que podía hacerme quedar como una paranoica, puesto que no tenía pruebas de nada en absoluto.

María estaba absorta escuchándome y parecía muy sorprendida por todo lo que le relataba. Cuando terminé, vi que tardaba en decir algo, como si no reaccionara, y me preocupé. Pensé que, quizás, no había sido buena idea romper mi silencio y que no debería haberle contado nada de aquello.

- ¿No vas a decirme nada? - le pregunté, mientras ella parecía seguir con la mirada perdida en algún punto fuera de mi apartamento.

- María, por favor, dime algo.

- Ahora lo entiendo todo.

- ¿Qué?

- Y me siento fatal.

- No entiendo lo que me dices.

María parecía buscar en su cabeza las palabras adecuadas. Sus ojos se movían, como navegando entre recuerdos lejanos que intentaban tomar forma.

- Nunca la creímos… Es un depredador.

Hablaba en alto, a pesar de que en realidad lo hacía para sí misma, como si pensar en voz alta diera cuerpo a sus ideas. La expresión de su cara denotaba conmoción y arrepentimiento, aunque yo no alcanzaba a entender el porqué.

- María, ¿puedes explicarte con más claridad? Me estás volviendo loca, te lo aseguro.

- Perdona, tienes razón. Verás, hace un par de años estuvo trabajando una chica en el bufete. Era la secretaria de Rubén. A todas nos parecía una pija y una estúpida, ya sabes como somos, una panda de cotillas. Supongo que, en cierto sentido, le teníamos envidia. Era muy guapa y todos sospechábamos que estaba tirándose a su jefe. Además, de sobra es conocida en el bufete la afición de Rubén a las mujeres. Le encanta coleccionar trofeos. Perdona, no quería decirlo así - señaló, disculpándose por si me sentía aludida u ofendida -. El caso es que estoy segura de que si no fuera una fuente de ingresos tan importante para el despacho, hace tiempo que le habrían despedido, pues tampoco era la primera polémica en la que se veía envuelto. Pero la realidad es que los clientes le reclaman a él porque es condenadamente bueno en lo que hace. A lo que iba, esta chica de la que te hablo, creo que se llamaba Marta, amenazó con demandarle por acoso y hablar con los medios de comunicación. Al final, todo quedó en nada, le pagaron una pasta y a otra cosa. Todo el mundo pensó que ella le había echado morro porque, la verdad, siempre estaba tonteando con él y con algún abogado más. Para ser honestos, tampoco nos caía bien a nadie, así que era más fácil culparla.

- No sabía nada de esto.

- No me extraña porque, desde entonces, se ha cortado bastante. Recuerdo que Nadia, que por aquel entonces aún no había ascendido a jefa de sección y era otra administrativa más, dijo que no era la primera vez que pasaba algo así con Rubén y que tuviéramos cuidado con él y no nos fiáramos. Te puedes imaginar todos los rumores que han corrido por el despacho.

- ¿Y crees que alguien sabe que estábamos juntos?

- ¿Qué? ¡Lo dudo mucho! Yo desde luego me he quedado de piedra cuando me lo has dicho. Supongo que ha aprendido a ser más cuidadoso y tapar bien sus huellas, aunque por lo que me has dicho sigue siendo un morboso y un depravado. En cualquier caso, después de aquello tuvo una bronca descomunal con los socios y amenazaron con echarle si se repetía algo así. Ahora que le han hecho socio, no sé cómo piensan controlarle. Me da la impresión de que les presionó con algo, tal vez amenazó con marcharse del bufete y llevarse a todos sus clientes.

- Si es así, no me vendría nada mal saberlo. Al menos tendría algo contra él - dije con un tono más lastimero del que me hubiera gustado.

- Elena, no te preocupes, ¿vale? Haré lo que pueda por enterarme. Esta vez no va a salirse con la suya.

- Gracias, María, pero no creo que vaya a ser fácil. Todo lo que tengo son suposiciones. No hay nada a lo que pueda agarrarme. No consigo entender cómo lo consigue. Es como si tuviera el don de la ubicuidad.

- Bueno, lleva muchos años en esto, y no siempre ha tratado con empresarios. Seguro que también conoce a gente chunga.

# CAPÍTULO 13: Poner a prueba

Habría estado bien contar que, después de la conversación con María, conseguimos resultados porque ella o yo o las dos juntas o lo que fuera, habíamos encontrado información, datos irrefutables que me daban una oportunidad para plantarle cara con argumentos y deshacerme de mi pesadilla. Sería un gran final. Todo redondo. Pero también sería mentira.

Un par de días después, volvía a casa después del trabajo. A pesar de que me había acostumbrado a ir cada vez con más frecuencia en mi coche, aquel día había llevado el coche al taller para que le hicieran la revisión y tuve que ir en transporte público al bufete y volver paseando desde la última parada de metro que había cerca de mi piso. Me hallaba tan sumergida en mis pensamientos rumiando mis frustraciones que, ni siquiera, me había dado cuenta de que Rubén estaba sentado en la terraza de un restaurante que había en la Avenida Diagonal haciendo esquina con la calle donde estaba mi portal. Se trataba de un local bastante caro, famoso por tener cocina de autor y por ofrecer los mejores postres de la ciudad. La terraza tenía una decoración exquisita, con el suelo de parquet, sillas de madera color wengué con cojines blancos y farolillos y plantas suspendidas que le daban un toque muy acogedor. Como solía ser habitual, a pesar de que no era un restaurante asequible para todos los bolsillos, estaba bastante concurrido.

Llevaba sin verle desde el día en el que se sentó a tomar café a media mañana con María y conmigo cerca del trabajo. Me llamó como si nada hubiera pasado, invitándome a que me sentara con él. Estaba atónita porque no podía creerme que pudiera tener tanta cara. Sólo alguien como él podía hacer algo así, alguien sin escrúpulos, alguien al que sólo le importa quedar por encima del resto, sin importar lo más mínimo los sentimientos. En mi cabeza se embarullaban mil pensamientos, intentando encontrar la explicación más plausible a qué estaba haciendo él allí. Me acerqué furiosa hasta donde se encontraba.

- ¿Qué haces aquí? - espeté con clara indignación en cuanto estuve lo suficientemente cerca.

- ¿Por qué me hablas así? Sólo quería invitarte a tomar una cerveza. Aunque ahora que lo recuerdo, tú eres más de tomar vino. Pero no uno cualquiera, te gusta el buen vino, además.

- No has contestado a mi pregunta.

- Y lo haré porque quiero, ya que no debería hacerlo teniendo en cuenta el tono en el que me estás hablando. He quedado aquí para cenar con un cliente.

- ¿Pretendes que me lo crea? No soy estúpida.

- ¿Y por qué razón no ibas a creerme? Te estoy diciendo la

verdad. ¿Qué crees que he venido a hacer aquí? - preguntó con segundas intenciones y una media sonrisa-. ¿Estás pensando que estoy aquí por ti? ¿De verdad? Elena, no puedes estar hablando en serio.

Su cara reflejaba superioridad, triunfo, soberbia. Se jactaba de cómo me hacía sentir, de lo fácil que le resultaba manipularme y manejar mis estados de ánimo. Estaba ridiculizándome sin ningún pudor. Y yo sólo podía sentirme impotente porque no sabía cómo ponerle freno.

- De hecho, -continuó diciendo - puedes cenar con nosotros si quieres. Es un cliente muy importante y te puede convenir conocerle. Tiene muchas empresas y necesita asesoramiento legal con relativa frecuencia. Yo llevo demasiados casos y no siempre puedo atender todas sus demandas. Además, por lo que he oído en el bufete, estás atravesando un mal momento y yo puedo ayudarte a salir del bache y conseguir buenos clientes. Tengo entendido que, si aún sigues trabajando en el despacho, es porque Francesc apostó fuerte por ti y te está protegiendo, porque a los demás socios no les han gustado nada tus meteduras de pata. Así que, no seas orgullosa y déjame que te ayude. Digamos que lo hago por los buenos tiempos. Elena, no te conviene enfadarte conmigo y mostrarte tan hostil.

Me costaba leer las segundas intenciones que escondían esas palabras. Con Rubén nada parecía ser claro y transparente. ¿Me estaba amenazando o, por el contrario, me ofrecía una tregua? Quizás no fuera nada de eso, sino una simple declaración de status y una constatación de que me tenía en sus manos hasta el punto de que podía pisarme como a un insecto y hundir mi carrera para siempre o, por el contrario, reflotarla y hacer posible que mi sueño de ser una reputada abogada se convirtiera en realidad.

- ¿En qué piensas? - me preguntó.

- En que no sé lo que pretendes con todo esto.

- ¿Qué tal ayudarte sin más?

- ¿Ayudarme? ¿No te parece irónico después de todo lo que me has hecho?

- Dime, Elena, qué es exactamente lo que he hecho - solicitó con su rostro impasible, recostándose con tranquilidad contra el respaldo de la silla.

- Lo sabes perfectamente. No te hagas el inocente.

- No, no lo sé. Deberías decírmelo para que sepa de que estás hablando. Así los dos conoceríamos con exactitud los términos de esta conversación.

En ese instante, su mirada era totalmente desafiante. Se sabía vencedor porque era más que evidente que yo no tenía ninguna prueba de nada. Debía ser más inteligente que él, sobre todo porque yo iba un paso por detrás y no resultaba fácil adivinar cuál sería su

siguiente movimiento.

Por encima de todo, lo que me resultaba más complicado era controlar mis emociones, las cuales se mostraban irreverentes ante mi mente racional y protestaban mediante señales fisiológicas incontestables solicitando anteponer sus necesidades de expresión sin tapujos. Percibía como se aceleraba mi pulso como si tratara de vencerle una carrera al diablo, notaba como ardían mis mejillas con un calor incendiario que clamaba ser sofocado de una vez y para siempre. No me lo podía permitir, era un lujo innecesario y demasiado caro. Necesitaba poner cara de póker ante él, cubrir mi rostro con una máscara de imperturbabilidad y displicencia tal y como él hacía, a pesar que desde mis entrañas nacía un grito que clamaba venganza y que me interpelaba a que se resarciera todo el daño que me estaba causando.

- Además - continuó diciendo-, no sé porque te comportas así conmigo cuando fuiste tú quien me abandonó. En todo caso, debería ser yo quien actuase como el ofendido. Pero no pasa nada, supongo que eres joven y aún tienes que madurar. De verdad que intento entenderte.

Era una provocación más, estaba claro. Enlazaba una con otra para intentar llevarme hasta el límite y vencer mis resistencias. Cuanto más me resistía yo, más tensaba la cuerda él. Hablaba de abandono en una relación en la que nunca hubo afecto y mucho menos compromiso alguno. Una relación en la que, mientras duró, no paraba de decirme que todo aquello sólo era un juego y una manera de divertirnos, nada más. Con sus ojos escudriñaba mi reacción por si mi musculatura facial me traicionaba con algún movimiento involuntario que dejara traslucir lo que sentía en aquel preciso momento.

- Tampoco creo que te importara demasiado. Seamos sinceros, Rubén, lo nuestro no fue amor, precisamente - respondí, procurando imitar su tono de voz melifluo e indolente.

- ¡Vaya! Hoy te has empeñado en hacerme daño - dijo haciéndose la víctima -. ¿Cómo puedes decir algo así? Puede que todo comenzara como un juego pero, al final, yo te quería. A mi manera, pero te quería.

No daba crédito a su hipocresía y a todo el teatro que estaba montando. Ahora intentaba hacerse el mártir, interpretando el rol del pobre desvalido que ha sido abandonado sin previo aviso. Me ponía a prueba, una y otra vez. Disfrutaba con esta situación, gozaba viendo mis esfuerzos por mantener el control. Era un ególatra y un narcisista que no desaprovechaba la más mínima oportunidad para demostrar a los demás que se creía un escalón por encima del resto.

A pesar de todo, de la rabia contenida, de la ira que germinaba

en mi interior, una vez más caí en la trampa que me había tendido. Apenas había terminado de pronunciar las últimas palabras, apareció su cliente. La ambición no siempre es una sana compañera y, en aquel momento concreto, lo fue menos que nunca. Cuando vi quién era su cliente, no pude resistirme a quedarme. Me tragué mi orgullo por si tuviera la más mínima posibilidad de engancharme a ese tren en marcha que prometía buenas oportunidades para medrar en mi carrera.

# CAPÍTULO 14: Errores

Aquella noche, cené con Rubén y con Carles Llanes, el propietario de una importante empresa que fabricaba componentes para aviones. Tenía delegaciones repartidas por medio mundo y reconozco que era un cebo demasiado goloso como para decir que no. Aunque él era catalán, su familia procedía de Asturias, donde habían gestionado una importante planta metalúrgica.

Me comporté lo mejor que pude y disimulé el desprecio que en aquel momento sentía por Rubén, quien se había convertido en el motivo principal de todos mis desvelos. Viéndome actuar en aquel momento, riendo sus chistes y mostrándome tan complaciente, nadie habría dicho que le detestaba. Me repugna pensar en cómo pude actuar así, traicionándome a mí misma y mis principios sólo por intentar recoger algunas migajas que pudieran quedar a mi disposición.

Una vez terminamos de cenar, tomamos una copa en un pub cercano. Sin tardar mucho, el empresario anunció que se iba porque ya se estaba haciendo tarde para él y se despidió de forma cordial, recordando que tendríamos noticias suyas próximamente.

- Carles, de veras, muchas gracias por tu confianza. Estoy seguro de que no te vamos a decepcionar. Ha sido un auténtico placer cenar contigo. Disculpa si no te acompañamos, pues nosotros nos quedaremos un rato más. Tengo que hablar con mi colega sobre otros asuntos.

Me quedé blanca. No tenía nada más que hablar con él y, sobre todo, no quería hacerlo a solas. Si le había dado la impresión de que esto implicaba retomar cierto tipo de intimidad, iba a llevarse una gran decepción.

- Bueno, no sé si quieres decirme algo, como, por ejemplo, gracias por ayudarme con mi carrera.

- Gracias - le dije, casi escupiendo mis palabras.

- Muy bien. Buena chica. Así me gusta, que cesen las hostilidades y te muestres agradecida. De hecho, creo que deberíamos celebrarlo. Sería lo suyo. Un cliente así no se pesca todos los días.

- Ya te he dado las gracias. Ahora quiero irme a casa.

- Y yo puedo acompañarte.

- No, creo que eso ya te lo dejé bien claro.

- Elena, aquello fue una decisión unilateral con la que yo nunca estuve de acuerdo. Podemos renegociar las condiciones - dijo haciendo una pausa con cierto tinte melodramático -. Me gustas, ¿qué voy a hacerle? Supongo que el hecho de que te resistas te hace aún más interesante.

- Rubén, no me estoy resistiendo. Ahora estoy en una relación

que me importa mucho y no tengo ni la menor intención de estropearlo por nada del mundo.

- ¿Una relación? ¿Con quién? ¿Con el chaval de los rizos que trabaja en la cafetería que hay cerca del bufete? No puedes estar hablando en serio. Te mereces algo mejor.

- ¿Crees que tú eres ese algo mejor?

- Por favor, no me hagas reír. ¿Acaso lo dudas? Por supuesto que sí - dijo de manera condescendiente -. No puedes compararle conmigo. Además, no nos engañemos, es un crío para ti.

En ese momento caí en la cuenta de que, por primera vez, había metido la pata y había dejado entrever que conocía algo que no tenía por qué saber. Nadie en la oficina sabía nada acerca de mi relación con Jaume, salvo María. Nunca me había acompañado al trabajo ni nos habíamos visto por allí cerca, salvo cuando iba a tomar café en el descanso a la cafetería en la que trabajaba, lo cual era infrecuente desde que habíamos empezado a salir.

- ¿Cómo sabes con quién salgo?

- ¿Qué? - preguntó un tanto desconcertado, intentando ganar tiempo. Le había pillado en un renuncio y resultaba obvio que sabía que había metido la pata.

- Me has oído perfectamente. Contéstame.

- Te he visto tontear con él en alguna ocasión. Lo demás me lo he imaginado. Eres tan previsible.

- Déjame en paz de una vez. Déjame vivir mi vida, maldito maníaco.

Y salí del bar con una sensación bastante desagradable. Nada había sido casual, eso seguro. Habría consecuencias. Y no tardarían en hacerse presentes.

# CAPÍTULO 15: Provocación

Al día siguiente, fui a la oficina como un día cualquiera. Había hablado con Jaume el día anterior a mediodía y nos habíamos mandado algún que otro mensaje durante el resto del día, incluido el último de buenas noches. Aún no le había contado nada de la cena de la noche anterior, y no sabía muy bien cómo planteárselo, puesto que era difícil de entender que hubiera compartido mesa con quien supuestamente me estaba amargando la existencia. La situación era una contradicción en sí misma, sobre todo para alguien tan íntegro como él.

No vi a Rubén en el bufete, por lo que no pude saber cuál había sido su reacción después de mis últimas palabras. En principio, habíamos acordado trabajar juntos o, al menos, en común, con Carles Llanes, pero eso había ocurrido antes de mis últimas palabras. La ambivalencia que experimentaba era notoria. Por un lado, quería por encima de todo trabajar con ese cliente, porque me serviría para relanzar mi carrera. Le había caído bien, estaba segura de ello, así que tenía que demostrarle que no se equivocaba. Por otro lado, aborrecía la idea de tener que colaborar de forma estrecha con Rubén. Nada me parecía menos placentero en aquel momento.

Quien sí le vio aquel día fue Jaume. Le tocaba el turno de mañana en la cafetería. Yo le había relatado lo que había estado sucediendo las semanas anteriores y le había contado cosas sobre Rubén, pero él no podía reconocerle físicamente simplemente porque, si habían coincidido en algún momento de sus vidas en el mismo espacio físico, aunque fuera tan sólo por unos segundos, probablemente él no lo sabría, así que no tendría ni idea de quién era. Era un total desconocido para Jaume, así de sencillo. En eso estaba en clara desventaja, puesto que Rubén sí le identificaba a la perfección. No sólo eso, según parece, aquel día fue buscando claramente y sin tapujos la confrontación.

La cafetería en la que trabajaba Jaume no era la única de la zona, ni muchísimo menos. Que yo supiera, Rubén no solía ir allí nunca o casi nunca a desayunar, pues solía frecuentar sitios más esnobs. Sin embargo, curiosamente aquella mañana decidió que era el mejor lugar posible para tomar un café a media mañana.

- Ponme un cortado, por favor.

- Enseguida.

- Me suena tu cara, ¿nos conocemos de algo? - preguntó Rubén.

- No lo sé, pero no lo creo. A mí tu cara no me resulta nada familiar. Tal vez te suene de verme aquí en la cafetería, no se me ocurre otra explicación.

- Puede ser - dijo Rubén, pensativo. Se tomó unos instantes para

darle más dramatismo a la situación, como si en realidad estuviera intentando recordar algo que sabía a ciencia cierta -. Creo que ya me acuerdo. Claro que te conozco. Tú eres Jaume, ¿verdad?

- Sí, ¿por qué? - respondió Jaume con desconfianza, al intuir por primera vez desde que habían intercambiado las primeras palabras que algo no iba bien.

- Bueno, tal vez no debería decirte esto - empezó a decir, haciendo nuevamente una pausa para darle, una vez más, un tinte melodramático a lo que estaba a punto de decir. Esa era su especialidad, estaba acostumbrado a manipular a la gente, a usar el don de las palabras y controlar los silencios en una conversación para darle un tono especial y único, suspense incluido -. No sé si tu novia te ha contado que ayer estuvimos cenando juntos. Y después fuimos a tomar una copa. No tuve que insistirle demasiado, la verdad. Aunque yo no sabía que salía con nadie hasta que me lo dijo. Tampoco pareció muy preocupada por ello.

- ¿De que narices me estás hablando?

- Te hablo de Elena. Supongo que echaba de menos los viejos tiempos, aunque no sé si te habrá hablado de ello. Si te dice que le gusta el sexo tradicional, no la creas. No es verdad, te lo puedo asegurar. Aunque también sé que le da vergüenza reconocerlo abiertamente. Tiene ese punto de pudor, supongo que debido a su juventud. No sé, me parecía importante que lo supieras para que tengas cuidado.

Cuando Rubén volvió al bufete a media mañana, fue directamente hasta mi despacho a hablar conmigo con la excusa de que teníamos asuntos de trabajo pendientes. No llegó a entrar, se quedó en el umbral, lo cual me pareció curioso, aunque tampoco creí que tuviera relevancia en aquel preciso momento. En su cara había señales evidentes de haber sufrido algún tipo de caída o golpe. No sé por qué me interesé y le pregunté, supongo que porque intentaba hacer que olvidara mis últimas palabras de la noche anterior y que firmáramos una tregua, aunque fuera ficticia. Me interesaba llevarme bien con él, teniendo en cuenta que se suponía que íbamos a trabajar juntos en un futuro cercano.

- ¿Qué te ha pasado en la cara?

- Ya ves, cosas que pasan. Nunca imaginé que sería víctima de una trifulca de bar. Es algo tan barriobajero - dijo con voz afectada. Era una táctica que usaba con frecuencia y que le salía muy bien. Dejaba a su interlocutor de turno a la espera de que terminara sus frases, mientras en su rostro se dibujaba una teatrera mueca que insinuaba que algo terrible y misterioso sucedía -. Tu novio me ha pegado un puñetazo, Elena. No sé lo que le habrás contado de mí, pero no deberías estar con alguien tan agresivo y tan violento como él.

Han tenido que avisar a su jefe y, lógicamente, le han despedido. Comprenderás que he tenido que presentar la oportuna denuncia. ¡Ah! Otra cosa - dijo casi como por casualidad -, me ha llamado Carles Llanes y me ha dicho que no quiere trabajar contigo.

Salió del despacho sin más. Me quedé atónita, estupefacta, sin palabras, sin capacidad de reacción, pero sólo por un instante. Cuando por fin comprendí todo lo que acababa de suceder, perdí totalmente el control. La situación se había dado la vuelta: él sí tenía pruebas de una agresión y nosotros no teníamos nada. Me sentía fatal. Jaume no se merecía nada de esto. Él era bueno, con un corazón puro, con el único interés de ayudar a los demás. Yo no podía seguir haciéndole esto, implicándole en mis problemas simplemente porque me quería. Ya no era sólo una cuestión de sentimientos. Estaba en juego su carrera, su futuro. Él que tenía un expediente impecable, de repente, se había encontrado con una denuncia por una agresión física. No podía ser egoísta. No era a él a quien buscaba, sino a mí. Todo había sido premeditado, incluso su salida de mi despacho después de pronunciar sus últimas palabras.

- ¡Eres una maldito hijo de puta! - le grité, al tiempo que salía de mi despacho detrás de él -. No te vayas y dime qué le has hecho para que haya reaccionado así.

- Yo no he hecho nada - dijo con aplomo y sin perder la compostura delante de todos los que nos estaban escuchando -. Pero es lógico que le hayan despedido. No creo que alguien con antecedentes de agresión pueda ejercer como médico.

- ¡Eres un malnacido! ¡Te odio! Algún día tendrás tu merecido.

- ¡Elena! - dijo con voz contundente el señor Alemany desde el quicio de la puerta de su oficina - ¡A mi despacho!

Me había llamado por mi nombre, eso de por sí ya era una muy mala señal. Indudablemente, después del espectáculo que acababa de protagonizar, iban a haber consecuencias. Durante mucho tiempo en las semanas anteriores me había prometido a mí misma que iba a recuperar el control de mi vida y que no iba a caer en las provocaciones de Rubén. Me había engañado a mí misma con la ilusión de que sería capaz de no otorgarle el poder de destruir mi vida. Fui una ilusa y una ingenua. A la primera oportunidad, había caído en la trampa y con mis propias manos había acabado con todo lo que me importaba.

- Cierre la puerta, por favor. Gracias. Siéntese.

Se leía la incomodidad en su rostro. Obviamente, la conversación que estábamos a punto de tener no sería agradable.

- Señor Alemany, puedo explicarle lo que ha pasado. Lo siento…

- No podemos tolerar ese tipo de lenguaje ni ese

comportamiento aquí - empezó a decir, cortando cualquier tipo de excusa que pudiera darle -. Hay clientes que la han escuchado. No hace falta que le diga lo abochornado que estoy. Ya la he defendido bastante en los últimos tiempos, pero se acabó. Para colmo, esta mañana hemos recibido los socios un mail alarmante sobre su conducta. Sobra decir que lo que haga en su vida privada no me concierne, siempre y cuando no implique conductas deshonrosas para el bufete. Estoy totalmente seguro que sabe a lo que me refiero y no dude de que hablaremos con el señor Capdevila también. Pero eso ya no le concierne. Creo que es mejor que demos por finalizada su relación con este bufete. Puede estar tranquila, pues seremos generosos con nuestra indemnización, aunque no espere una carta de recomendación por mi parte. Le ruego que recoja sus cosas cuanto antes. Cierre la puerta cuando salga.

No tuve oportunidad de réplica. Traté de excusarme y contarle todo lo que había sucedido, pero no me dejó. No estaba dispuesto a escucharme. Estaba tan indignada que notaba como ardía cada centímetro de mi piel. Había sido víctima de un desalmado a quien sólo le importaba salirse con la suya y tener la última palabra.

Cuando recogí todas mis cosas, me dirigí hacia el ascensor prometiéndome internamente que no iba a derramar ni una sola lágrima. Me debía a mí misma guardar ese último vestigio de dignidad. Estaba absorta en mis pensamientos, rumiando mi desgracia mientras esperaba que se cerrasen las puertas del ascensor, cuando Rubén se acercó hasta el rellano a decirme una última frase lapidaria.

- Te dije que yo diría cuando terminaba.

# CAPÍTULO 14: Mi descenso a la locura

Si alguna vez has vivido una situación remotamente similar a la que acabo de relatar, sospecho que podrás entender lo que se siente. Si no es así, no te esfuerces. Por mucho que lo hagas, nunca podrás comprenderlo. El miedo se introduce hasta lo más hondo de tu ser. Ya no vuelves a dormir del tirón, porque cualquier ruido por insignificante que sea, te agita y te estremece hasta cortarte la respiración. Después, viene la indignación, el agravio, la rabia, el deseo de acabar con todo, el sentido de justicia violada que debe ser restaurada, el derecho de réplica vulnerado una y otra vez, la frustración, el odio, el descenso a la locura.

Esa última frase cambió el destino. Si en algún momento había pensado en rendirme o resignarme, ese último acto de vileza me convenció de que no podía dejarle vencer sin más. No se lo merecía. Era un ser mezquino y merecía una lección. Me quedé esperándole en mi coche hasta que saliera del bufete. Creo que pasaron horas, pero no estoy segura. Mi mente estaba nublada y únicamente tenía un objetivo claro aquel día: destruirle. Cuando por fin salió, le atropellé a gran velocidad. Tuvo tiempo de verme. Me miró a los ojos justo antes de que mi coche impactará contra su cuerpo. Su mirada transmitía asombro, sorpresa, aturdimiento. Supongo que nunca me creyó capaz de algo así. Seguramente pensó que me sometería o que acabaría renunciando a todo y volvería al pueblo en el que había crecido a refugiarme y esconderme de tanta desdicha.

No sé si por suerte o por desgracia, pero la realidad es que le maté. Suena cruel, lo sé, pero ya nada me importa. Ni siquiera me planteé darme a la fuga. Era una mala persona, esa es la verdad, aunque no me correspondía a mí decidir si debía morir. Lo único que me consuela es saber que he salvado a otras a las que podría haberles ocurrido lo mismo que me pasó a mí.

Lo perdí todo. Cuando digo todo, es todo, hasta la dignidad. Acabé cometiendo una atrocidad. Nunca imaginé que sería capaz de algo así. Crees que eres buena persona, que te han educado bien y eso te protege de cometer actos viles y crueles. Nada es suficiente.

Estoy escribiendo mi historia desde el centro penitenciario para mujeres de Barcelona, aunque la empecé algún tiempo antes, cuando empecé a sentir miedo y me aterrorizaba llegar de noche a mi piso. No sabía lo que podría sucederme y quería dejar algún tipo de testimonio.

Tengo mi pena bien merecida. Lo sé. No voy a quitarme la vida por miedo o porque piense que es injusto. Lo voy a hacer para que mis padres se liberen de una carga como la que supone tener una hija en la cárcel por asesinato. Al menos, podrán tener la excusa de que finalmente queda demostrado que había perdido la razón, hasta el

punto de suicidarme, puesto que en el juicio mis abogados no pudieron alegar enajenación mental transitoria. Había pasado horas esperándole en el coche. Por lo tanto, fue una acto premeditado. No hubo atenuantes para mí.

Ojalá mis padres puedan perdonarme algún día. Esa es la única preocupación que me queda antes de dejar este mundo. Simplemente, no podía más. Perdí la razón. ¿Lo hice? Tal vez no, y estaba plenamente consciente. No lo sé. Lo que sí sé es que tengo que acabar con esto. Puede que sea un final anticipado, pero para mí es necesario. Eso sí, no quería despedirme sin contar mi versión de los hechos. Tampoco habría sido justo.

Lo siento mamá. Lo siento, papá. Nada de esto es culpa vuestra. Vosotros lo hicisteis bien. Me proporcionasteis la mejor educación posible y luchasteis por mí. No merecéis pasar por esto. Es lo único de lo que verdaderamente me arrepiento, del daño que os he causado. Os quiero.

# CONTACTA CON LA AUTORA

Estimado lector o lectora:

Si has llegado hasta aquí, sólo me queda agradecerte el tiempo que has dedicado a leer este libro, el cual he escrito con esfuerzo e ilusión y, sobre todo, con el deseo de que lo disfrutes.

Te pido un favor más, sea cual sea tu opinión al respecto, me encantaría y agradecería que hicieras la oportuna valoración en la página o aplicación donde lo descargaste. Eso me ayuda a mejorar y le da pistas a otros lectores sobre el libro.

En cualquier caso, si además quieres hacerme un comentario personalmente, puedes contactar conmigo a través de los siguientes medios:

http://arielzorionbooks.blogspot.com.es
arielzorion@gmail.com
Twitter: @ariel_zorion
Facebook: https://www.facebook.com/ariel.zorion
https://www.facebook.com/ArielZorionBooks/
Whatsapp (sólo mensajes): 644 175 982

Por último, puedes encontrar mis libros en:

Amazon:
https://www.amazon.es/Tienda-Kindle-Ariel-Zorion/s?ie=UTF8&page=1&rh=n%3A818936031%2Cp_27%3AAriel%20Zorion

iBooks:
https://itunes.apple.com/es/author/ariel-zorion/id1084818114?mt=11

Y Smashwords:
https://www.smashwords.com/profile/view/ArielZorion

Te deseo una vida larga y feliz. Y ojalá nuestros caminos se vuelvan a cruzar.

*Ariel Zorion*